

En el camino andamos...

Ciudadano Acambarenses:

Estoy convencido de que la principal característica que debemos resaltar durante estas celebraciones centenarias es la identidad que nos une como pueblo. Una identidad que constituya la respuesta a las interrogantes que a la fecha, siguen retando a nuestra persona, familia y sociedad. La identidad nos permitirá saber quiénes somos, de dónde venimos y hacia dónde vamos. Pero también, nos permitirá enfocarnos hacia una de las mayores preguntas que la vida nos lanza por delante: ¿qué queremos ser?

Si bien la historia nacional posee diversidad de alternativas para reencontrarnos como nación, es justo reconocer que es aquí, en las pequeñas ciudades, aún más, en las comunidades rurales, donde nace la esencia del ser mexicano. Es entre los magüeyes, al amparo de los ahuehuetes, entre la memoria histórica que mantienen nuestros abuelos donde se encuentra el origen mismo que germina en la naturaleza del ser mexicano.

Esa búsqueda de la identidad está plasmada en los textos que componen este libro. Cada uno de los autores aquí compilados nos da su visión muy particular pero también muy honrada sobre lo que Acámbaro constituyó para la formación del ser humano que aquí la relata. Lo anterior, amigo acambarenses, establece la mejor forma de demostrarle a nuestra tierra el cariño que le debemos y que en muchos de sus hijos, de quienes hemos nacido o quienes han sido acogidos como hijos de esta pródiga tierra, se muestra a través de la memoria histórica, de los pasajes que décadas atrás nos marcaron o a través de los personajes con quienes tuvimos la dicha de ver evolucionar nuestro terruño acambarenses.

Este libro es sorprendente. Lo es porque algunos de los colaboradores que aquí participan viven más allá de la frontera física que divide países. Pero todos ellos, a través del recuerdo y con la fortaleza del alma, siguen viviendo en estas calles que los vieron nacer. Siguen compartiendo con sus familias el gozo de caminar las plazuelas, andar las calles, contemplar los monumentos donde alguna vez recordaron a sus antepasados.

Es un libro sorprendente porque los autores que en él participan, todos juntos, logran que el objetivo se alcance: revivir esa identidad del ser acambareño a través de cada una de sus páginas.

Escribió Octavio Paz en su poema “Escrito con tinta verde”:

“La tinta verde crea jardines, selvas, prados,

follajes donde cantan las letras,

palabras que son árboles,

frases que son verdes constelaciones.”

Esa cosmogonía naturalista que Paz anhela, es lo que nosotros, los acambareños, pedimos para las presentes y futuras generaciones. De ahí la celebración de este esfuerzo ciudadano por lograr que Acámbaro, a través de sus hijos, otorgue un documento forjador del carácter de quienes a partir de ahora, tendrán en sus manos la posibilidad de demostrar en un corto plazo, el amor por esta tierra a través de la cultura y muy particularmente, la lectura y la tinta verde que deberán correr sin límite por las venas de todos y cada uno de los hijos acambareños.

René Mandujano Tinajero
Diputado Local
Distrito XXII

Presentación

Hace algunos años tuve la oportunidad de estar presente en el Instituto de Arte de Chicago (www.artic.edu) durante la inauguración de una colección de arte cerámico de los estados norteamericanos de Arizona y Nuevo México. Ahí se encontraban autoridades de diversos niveles, pero lo interesante de la muestra residía en el hecho de que tal arte se venía realizando por familias de las localidades fronterizas de tales estados quienes habían conservado el arte *primigenio* desde *el lejano año de 1820*.

Las cursivas tienen su razón de ser. Resulta que el arte cerámico mencionado nació entre algunas familias mexicanas, en el norte de Sonora y Chihuahua. De hecho, las familias ahí reunidas y quienes presentaban la muestra artesanal, compartían conmigo los rasgos nacionales (morenos y de nariz ancha), aunque su inglés era imaculado, pues me dieron la bienvenida en ambos idiomas, español e inglés, por si acaso. Habían emigrado a los Estados Unidos de Norteamérica como parte de un proceso natural, llevándose la vena artística con ellos.

Como soporte y gancho de la exposición, las familias regalaban pequeños vasos, escudillas y collares de cerámica entre los asistentes. Al ver en mi rostro la alegría que el evento causaba, uno de los miembros de las familias se acercó invitándome a incorporar a su grupo, colocándome en la camisa un recuerdo que conmemoraba los 180 años de tradición artística chihuahuense (claro, trasladada al territorio de las barras y las estrellas).

El evento resultó por demás gratificante y mientras recorría el Instituto de Arte con mi pequeña vasija entre manos (sacando el pecho lo mejor posible para que el resto de la gente visitara la muestra), pensé en lo mucho que tal cerámica se parecía a lo que en mi pueblo, Acámbaro, Guanajuato, se exhibía en el Museo Local y claro, en el Museo de Chupícuaro, a unos pocos kilómetros de la cabecera municipal.

Recordé los trazos geométricos definitivamente novedosos que la cerámica chupicuaro posee y cómo causaron regocijo en los primeros investigadores que estudiaron los asentamientos y que llevaron a los funcionarios del Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH) y gente venida de otros países, principalmente Europa, a recorrer nuestra tierra,

integrando un amplio expediente antropológico que hoy en día es materia de un especial trato por sus características y cuyas aristas no estudiadas abrirán, en el corto plazo, nuevas hipótesis sobre el origen y evolución de nuestro pasado remoto.

Cavilando sobre este tema llegué a la “Sala de Arte Africano y Amerindio”, donde las muestras ancestrales de buena parte de ambos continentes, América y África, están en exhibición. Hay piezas de gran valor histórico, la mayor parte de ellas regaladas por filántropos norteamericanos, aunque también existen muestras que sin duda, fueron extraídas (a la buena o a la mala) de colecciones particulares de los lugares de origen. Con júbilo, observé que ya se encontraban en exhibición muestras de los ex – chihuahuenses y anhelé que tales familias mantuvieran vivas sus tradiciones inculcándolas en la siguientes generaciones para que tal veta cultural se hiciera más fuerte.

Mi ánimo estaba por los aires, porque más allá de si la muestra de la cerámica fuera o no reconocida por el gran público mundial como nacida en México, las familias conservaban el orgullo de tener sus orígenes allende el río Bravo. Así lo expresaron cuando de hablar del origen de su arte se trató. Y más aún cuando mencionaron que estaban a punto de fundar un taller artesanal para iniciar a los niños y jóvenes de sus localidades. Eso todavía fue más gratificante.

Seguí caminando por las salas de arte y fue entonces cuando la vi. La efigie femenina fue fácilmente reconocible pues durante años, durante las constantes visitas al Museo de Acámbaro, me encontré con figuras similares de diversos tamaños. Algo en mi memoria me confirmaba que aquella frágil estatuilla tenía que ver con mi tierra, con mis memorias, con mi pasado reciente.

“Female Effigy, c. 200/100 B.C.”, se lee en la tarjeta informativa que antecede a la figurilla típica de la cultura Chupícuaro.⁽¹⁾ ¿Imagina el lector el júbilo que este descubrimiento causó en mí y seguramente hubiera causado en cualquier habitante de nuestra tierra? Al investigar un poco más con la gente del Instituto de Arte, supe que existen otras tres piezas de la Cultura Chupícuaro en su colección (identificadas erróneamente como “piezas originarias de Guanajuato o Michoacán”), pero sólo exhiben la mencionada (resulta por demás interesante conocer que esta pieza, al igual que las otras sin

exhibir, llegaron al Instituto a través de donaciones de fundaciones, quienes a su vez, las adquirieron “sin indagar más”, de personas físicas. Qué lindeza).

Con esta lección de vida, me pareció fundamental regresar con los artesanos y comentar mi hallazgo. Uno de ellos, el más viejo, no se dejó intimidar por mis consideraciones y mientras hacíamos el recorrido hasta el lugar donde la estatuilla se exhibe, afirmaba que era muy raro encontrar formas geométricas en tiempos tan remotos... consideración que cambió de inmediato al observar detenidamente los trazos que cubren la figura humana femenina. “¡Qué orgulloso deben estar de esto!”, sentenció, con el mejor de los ánimos y con cierto dejo de humildad, al observar lo lejos que está su arte del nuestro.

Lo anterior, estimado lector, es lo que nos mueve a traer ante ti este documento cuyo principal objetivo es mostrar a los habitantes de esta tierra, y claro está, a quienes nos conocen de lejos, la importancia de Acámbaro, Guanajuato, en el desarrollo de esta patria nuestra. Aquí encontrarás puntos de vista de diversos autores que viven entre nosotros, e incluso en sitios variopintos del mundo y quienes, por diversos motivos (estudio, trabajo e incluso el amor), han dejado atrás la patria que los vio nacer. Son comentarios de acambarenses que ven nuestra tierra desde muy lejos, y esto, afortunadamente, les permite conocer mejor cuáles son los caminos que nos llevarán a encontrarnos en un tiempo y espacio cercanos.

Este libro no es, claro está, un estudio historiográfico. Tampoco es un documento académico. Es, una guía práctica para conocer y disfrutar la tierra que nos vio nacer y que seguramente, nos verá morir. Es una minúscula muestra de cariño hacia esta tierra que, como bien lo escribió el Rey Poeta, Netzahualcóyotl, se ama a través de quienes la habitan:

*"Amo el Canto del cenizontle,
Pájaro de Cuatrocientas voces
Amo el color del jade,
y el enervante perfume de las flores;
Pero amo más a mi hermano el hombre"*

Disfrutemos juntos, amigo lector, este viaje por nuestra tierra.

Jesús Cervantes
Invierno de 2010

Agradecemos el apoyo de la
Unión de Productores de Pan Grande de Acámbaro, A.C.
Para la Realización de este libro.



El Mejor Pan Desde 1935



"No hay nada más cerca que la que arde. El Triunfo"

Dr. Jolly N° 21 Col. San Isidro
Acámbaro, Gto.



Los primeros pobladores

Por Camila Chávez
Moline, Illinois

De visita en la ciudad de Boston, en el estado norteamericano de Massachussets, tuve oportunidad de recorrer la Universidad de Harvard en compañía de Joan Smith, profesora de Literatura Latinoamericana, a quien había hecho llegar libros de algunos de nuestros amigos y colaboradores de proyectos literarios en el sur de Guanajuato.

Joan me llevó hasta el “*Peabody Museum of American Archaeology and Ethnology*”⁽²⁾, en donde, después de pasar un riguroso examen llevado a cabo por seguridad interna (uno de los guardias, al verme entrar, de inmediato me ordenó detenerme pues “parece iraquí”, le dijo a Joan, quien, con una sonrisa forzada, me pidió mostrar pasaporte y visa al ínclito guardián del orden), pude llegar a la Sala General de Lectura.

Ahí, mientras admiraba algunos de los ejemplares de mayor valía del Museo, Joan me presentó un libro en pasta gruesa y forrado en piel con el título “*Memoirs, Volume III 1904-1932*”. “En el capítulo *Arquitectura, Cerámica y Objetos Menores* hay algo que seguramente te interesará”, dijo la investigadora, cuya pasión por nuestra tierra, y en particular, por la cultura Chupícuaro, fue una de las razones que nos motivaron a realizar el viaje en tren desde Moline, Illinois. “Ve directamente a la página 67”, mencionó, mientras me ponía unos guantes de látex y con parsimonia pasaba las páginas de este libro que, sin duda, haría sentir a nuestro querido Luis Mota Maciel a un paso del paraíso: en la página referida, al final, encontré la siguiente definición,

“Las cubiertas en tazones de fuente son muy raras en la cerámica de Mesoamérica. Las cubiertas en escudillas del tipo de Holmut se han encontrado y recuperado en Ocosingo, Chiapas y en la cultura de San Juan Teotihuacán en México... Los recipientes grises porosos pertenecen probablemente al grupo de cerámica de Holmul. Tales utensilios se encuentran por todas partes en Petén y Yucatán... Los tazones de fuente pulidos y modelados con caras de perros y tigres, se han encontrado en Jalapazco en Puebla... estas muestras se encuentran de nuevo en Chupícuaro, Guanajuato...”.

El texto del cual hemos extraído esta referencia habla sobre la investigación que se realizó en el área de las Ruinas de Holmul en el año 1922, un sitio maya en el área del Petén, Guatemala, que más tarde se emparentó con la cerámica encontrada en el área de Chupícuaro, Guanajuato. Hay más referencias a Chupícuaro en otros tomos de la serie “Memorias” y en todos ellos sitúan a Chupícuaro en el período pre Clásico de la evolución del pueblo mexicano. Es decir, si tomamos en cuenta que la llegada de los europeos al Nuevo Mundo se dio en el año 1519, la cultura Chupícuaro nace poco más de dos mil años antes, esto es, 500 años antes de Cristo, a unos cientos de metros del sitio que hoy ocupa la comunidad de Nuevo Chupícuaro, Guanajuato, fundada una vez que la Presa “Solís” ocupó con sus aguas el espacio físico donde nuestros antepasados dieron gloria a esta tierra. Es muy importante notar que existe otro Chupícuaro en el estado de Michoacán, muy cerca de la comunidad de Cuitzeo. Esto ha provocado errores en la comunidad internacional, al intentar situar la cultura Chupícuaro en el estado hermano.

Joan Smith comenta sobre la importancia del estudio de Chupícuaro: “una vez estudiada el área donde se localizó la cultura Chupícuaro, se ha encontrado que existía un gran movimiento de gente y mercancías a lo largo y ancho del oeste de México durante la época primaria de esta cultura. Por supuesto que la principal vía de acceso fue el río Grande, hoy Lerma. Pero también, existió un amplio movimiento de población hacia lo que hoy se conoce como Jalisco, y en particular, hacia la laguna de Chapala. Más tarde, en la etapa siguiente del desarrollo de la cultura, existen claras evidencias de intercambios comerciales con otras culturas del altiplano mexicano. De ahí las teorías que se han esbozado para emparentar Chupícuaro con centro culturales de gran alcance como Cuicuilco”.

- ¿Qué ocurrió, entonces, Joan? - preguntamos de inmediato.

- Bien, aquí resalta el hecho de la erupción del Volcán Xitle, que en náhuatl significa ombligo. Este hecho natural le arrebató a Cuicuilco la hegemonía que hasta entonces poseía. Pero también, cortó de tajo las relaciones comerciales y culturales que existían entre ambos pueblos. La relevancia de seguir estudiando Chupícuaro nos permitirá conocer más el papel que desempeñó como centro de un territorio todavía inexplorado – la profesora tomó vuelo y ahora no hay quien la detenga.

- ¿Entonces queda mucho por conocer?

- Por supuesto. Los pueblos del altiplano central, del oeste y noroeste de México, así como los pueblos del valle de Oaxaca, de los montes de Guatemala

y las tierras bajas de la península de Yucatán realizaban frecuentes viajes de un lado a otro del territorio. El contacto que lograron llevar a cabo no se limitó sólo a intercambio de mercancías, fue mucho, pero mucho más allá. Hoy en día, podemos afirmar que la cultura de estos pueblos se moldeó con la contribución de sus vecinos.

- ¡Vaya sorpresa!

- No es sorpresa, pues incluso se ha demostrado que varias tribus provenientes de Teotihuacán ocuparon algunas zonas al norte de Chupícuaro y como bien sabes, tales asentamientos han sido denominados como pre-toltecas. Un poco después comenzaron a llegar las tribus provenientes del norte, en particular, los chichimecas. Gracias a estudios recientes, en la fase de auge de Tula, se ha comprobado la presencia de grupos agricultores en el área que ocupaban los chichimecas. Esto viene a confirmar la tesis original atribuida a la zona de Chupícuaro como un área de humedales donde anteriormente existieron grandes cantidades de lagos que fueron secándose. La Cultura Chupícuaro abarcó varios estados del centro de México, aunque su fundamento reside en el estado de Guanajuato, en un área delimitada entre los ríos Tigre y Lerma. Es en este sitio donde podemos colocar el origen del ser humano acambarenses y donde muchos historiadores también definen el origen del pueblo purépecha.

- ¡Entonces el agua del río Santiago, hoy Lerma, fue nuestro sustento! – respondo, imaginando que la teoría de un vecino acambarenses, Heriberto Silva, comienza a tener sustento “científico”: él afirma que el nacimiento de Quetzalcóatl se da precisamente en el Cerro del Chivo. Afirma Silva, “Quetzalcóatl es chichimeca”.

- ¡El sustento de todos los pueblos! – Joan sonrío ante mi comentario – Debes recordar que para los pueblos mesoamericanos el agua se asocia con el dominio de los seres húmedos y fríos, con el crecimiento y la reproducción seres y animales, cosechas y plantas. Pero también se asocia con el trueno, el rayo, la lluvia, las nubes, el viento, lagos, lagunas y mares.

- Existe un personaje residente en Acámbaro que afirma que el Cerro del Chivo es el origen de la civilización mexicana....

- ¡Vaya! Pues no va tan errado, aunque sí tiene una gran competencia frente a a él... recuerda que el agua también se asocia con el hogar de los dioses y en este caso, el hogar de esos dioses sería el Cerro del Chivo del que tanto se ha escrito en fechas recientes por jóvenes investigadores. Además, los mesoamericanos afirmaban que en el interior de los cerros o casas existían todos los elementos para vivir: animales, minerales, agua y granos – Joan sonrío ante mi cara de asombro.

- Joan, ¿cómo era la agricultura de los Chupícuaros?

- Déjame contarte algo que recién ha llegado a mi estantería – su estantería son poco más de tres mil ejemplares de origen disímil - la agricultura prehispánica puede dividirse en dos grandes áreas. La primera, de temporal, se realizaba en lomas, laderas poco pronunciadas y mesetas donde el acopio de poco líquido no causaba problemas. La segunda, la agricultura de humedad, se lleva a cabo en zonas bien delimitadas de la llanura aluvial.

- ¿Qué es la llanura aluvial, Joan?

- Una llanura aluvial es la parte orográfica que contiene un cauce y que puede ser inundada ante una eventual crecida de las aguas de éste. En el caso de Chupícuaro se encuentran los patios hundidos aunque también, y aquí el gran dato, es que en el área de Acámbaro – Chupícuaro existen claros indicios de la utilización de riego mediante canales, aunque éstos no eran propiamente obras hidráulicas, sino formas rústicas, pero efectivas, del manejo de los conos de deyección, en un procedimiento notable utilizado tanto en Mesopotamia como en el delta del Nilo.

- ¿Por qué entonces cambió el panorama de Chupícuaro si el Lerma ha sido por lo general un afluente poderoso?

- Lo más probable es una sequía de grandes proporciones... quizá en los alrededores del primer siglo después de Cristo. Porque no es sólo el río, tuvieron que coincidir muchos factores, entre ellos, el cambio climático.

- ¿Semejante a lo ocurrido en 1786 en el llamado “Año del Hambre”?

- Efectivamente, algo semejante.

Chupícuaro aparece en el ámbito antropológico nacional en el año 1926, cuando la Dirección Nacional de Arqueología ordena revisar la zona. El encargado de la visita es Juan Palacios quien afirma que el área es definitivamente purépecha. Sin embargo, durante la visita que un año más tarde realizan Ramón Mena y Porfirio Aguirre, encuentran características que no concuerdan completamente con la tradición michoacana.

Deben pasar veinte años para que aparezcan nuevos estudios y quienes llevan a cabo las primeras incursiones en el sitio de Chupícuaro son Muriel Porter, Elma Estrada Balmori y Román Piña Chan en el año 1946, gracias a las gestiones realizadas por el Doctor Rubín de la Borbolla ante la Secretaría de Recursos Hidráulicos, bajo la inminente construcción de la Presa “Solís”. El resultado obtenido permitió, como principal logro, en palabras del propio Piña Chan, “establecer la antigüedad del sitio y sus correlaciones”.

Los Chupicuaros basaban su existencia en el cultivo del maíz, aprovechando las riveras de los ríos arriba mencionados. Tómese en consideración que el sitio original del asentamiento de Chupícuaro se encuentra en una extensa llanura y que la distancia que existe hasta el río Lerma no está más allá de unos cuantos kilómetros. Sin duda, esta característica permitió que el uso de la chinampa por parte de esta cultura estuviera siempre como una de las principales, si no es que la única, forma de traslado. De hecho, hoy se tiene la certeza de que muchas de estas comunidades se encontraban asentadas en islas, debido al carácter lacustre del entorno.

Además, desarrollaron formas novedosas de subsistencia: la recolección, la caza y por supuesto, la pesca. Sin embargo, lo que distingue con mayor claridad el nivel de desarrollo del pueblo es su comercio de obsidiana, otorgando así, un nivel de estratificación pionero en el período de existencia. Lo anterior se refuerza por los indicios encontrados en las excavaciones llevadas a cabo en fechas recientes donde se demuestra que existían dentro de la sociedad Chupícuaro estructuras imponentes de hasta 120 metros de altura, las cuales constan de plataformas rectangulares que se van superponiendo.

Durante las excavaciones se encontraron metates y sus “manos de moler” de piedra respectivas. Aunque también fueron encontradas puntas de obsidiana, así como “cráneos trofeo” y cuerpos decapitados, lo cual nos indica que no eran tiempos fáciles para las culturas del área. Todo esto podría aplicar a cualquier sociedad mesoamericana aunque, lo que lleva a esta cultura a un nivel más allá de lo logrado por muchas de sus comunidades vecinas, fue su habilidad para manejar la cerámica pulida, y sobre todo, la decoración que a ella asignaban, principalmente en colores negro y crema, sobre un fondo rojo con diseños geométricos que han asombrado a todo el mundo. Las formas incluyen escudillas con pie cónico, cuencos y resaltando el desarrollo cultural que hacía mención en el documento en Harvard, las botellas con asa-estribo.

La cerámica Chupícuaro incluye figuras humanas multicolores que mantienen los diseños geométricos aplicados en las vasijas, además de rasgos muy particulares, destacando el de “ojos diagonales”. En la mayoría de los casos, estas figuras se encuentran desnudas y se precisa su sexo en el modelado, aunque en ocasiones algunas de ellas presentan un rico atuendo que indica, sin duda, personajes relevantes dentro de la sociedad local. Los artesanos Chupicuaros también realizaron diseños de flautas,

ornamentaciones en hueso y conchas.

Es importante mencionar que investigaciones recientes nos indican que estas manifestaciones artísticas de la cultura Chupícuaro tienen su origen en la cultura de Tlatilco, cuyos habitantes acostumbraban andar desnudos, o en su defecto, cubiertos de tintes en color rojo. Una de las muestras más impresionantes de su alfarería es “El Acróbata”, una pieza que está en exhibición de manera permanente en el Museo Nacional de Antropología e Historia⁽³⁾.

Durante la excavación en sitio se encontraron cientos de entierros con vasijas y figurillas, aunque también, existen figuras antropomorfas (más tarde, estas piezas serán utilizadas como prueba “irrefutable” de la teoría de Waldemar Julsrud, un alemán vecindado en Acámbaro, Guanajuato, quien afirmaba: “la convivencia del hombre con los dinosaurios tuvo lugar en estas tierras”). Las excavaciones muestran que la tradición Chupícuaro para enterrar a sus muertos semeja en demasía a lo que hoy en día realizamos como parte de la ceremonia fúnebre: excavaciones de dos metros de profundidad, donde los cuerpos eran colocados de espaldas alrededor de fogones. En muchos de los entierros están los cuerpos acompañados de perros, sin duda, con el fin de guiarlos en el viaje al más allá (aunque, también, sin duda, por si hacía falta el alimento para saciar el apetito).

Chupícuaro es nuestro punto de partida en este recorrido por la tierra donde nacimos, pues después de siglos, los acambarenses tenemos la dicha de observar ese cielo azul que cautivó a los antepasados y que influyó en el nombre de este maravilloso pueblo. A pesar de los saqueos que por décadas se han llevado a cabo con el único fin de adornar las mesas de particulares o la venta de piezas a museos extranjeros; de las falsificaciones que se han hecho con motivos de compra – venta; del olvido que esta cultura ha sufrido de parte de los gobiernos locales, todavía hay quienes realizan actividades positivas para identificar y conocer más a fondo el origen y desarrollo del sitio que albergó una de las denominadas “culturas madres”. De hecho, el proyecto Chupícuaro, a finales de los años noventa, unió al gobierno francés con el INAH para investigar una de las “entidades políticas más importantes del Preclasicismo mesoamericano”⁽⁴⁾.

En el proyecto Chupícuaro “se estableció el objetivo de adoptar un enfoque global de la cultura de Chupícuaro a escala regional, centrándose en

los problemas cronológicos para evaluar su función en los avances culturales de la dársena de México y comprender mejor las relaciones establecidas con las culturas noroccidentales contemporáneas. Se prestó especial atención a los aspectos paleoambientales y se estudió concretamente la evolución de la distribución de los sitios en un paisaje alterado en gran medida en la época contemporánea y caracterizado por un hidrotermalismo activo”.

Basta conocer esta clase de esfuerzos para hacer equipo, intentar contribuir con nuestro grano de arena y en la medida de nuestras posibilidades, mostrar al mundo que aquí, en los alrededores de lo que hoy conocemos como Acámbaro, Guanajuato, floreció una de las culturas más exuberantes del mundo moderno (no quiero dejar de lado mencionar que los grandes museos del mundo se dedican a vender artesanías, joyería y textiles con motivos y ornamentaciones de la cultura Chupícuaro⁽⁵⁾). Los precios van de los cuarenta a los ochenta euros, por una pequeña vasija. También existen tiendas de *aute couture* que comercializan blusas, bolsas y pañoletas con geometría típicamente chupicuaro, cuyos costos rondan los 120 euros por pieza. Qué buen negocio).

¡Ah, una sugerencia! Visite el Museo Comunitario “Fray Bernardo Padilla” en Chupícuaro, Guanajuato y por supuesto, el Museo Local en Acámbaro, Guanajuato. Ambos contienen piezas cerámicas de gran valor histórico y claro, sentimental.

El pueblo del maíz

Por Rebeca Sámano
Chicago, Illinois

En el último párrafo de su poema “Mesoamérica”, del libro “Corn Woman, Mujer Maíz”, Sue Littleton ⁽⁶⁾, escritora estadounidense, cita,

*Sí, aquí, miles de años
antes de la fundación de estas grandes ciudades
antes del surgimiento y decadencia de increíbles civilizaciones,
aquí,
es donde
nació el maíz.*

Esta lírica nos sitúa de lleno en la importancia que el cultivo del maíz tuvo entre los pobladores de Mesoamérica, un término por todos lados utilizado pero poco reconocido por el público en general. La palabra fue conceptualizada por Paul Kirchhoff en el año 1943, una vez conocidos los estudios de Clark Wissler y Eduard Seler.

Kirchhoff, cofundador de la Escuela Nacional de Antropología e Historia en el año 1938, define el concepto de Mesoamérica para estudiar la etnografía (literalmente, descripción de los pueblos) de la región centro-americana, de todos esos pueblos que convivieron en una amplia región que va desde el centro de México hasta la mayor parte de los países de lo que hoy se conoce como Centroamérica. La convivencia entre estos pueblos ha sido marcada por las siguientes características:

1) **Utilización de un bastón plantador llamado coa**, que es como un machete pero en lugar de acabar en punta recta, se dobla como un signo de interrogación.

2) **Cultivo del maíz y su transformación en *nixtamal*** (cuyo nombre proviene del náhuatl nextli, o cenizas de cal, y tamalli, masa de maíz cocido) con el empleo de agua y cal, para la preparación de lo que hoy se conoce como masa. La técnica utilizada por los habitantes mesoamericanos sigue siendo la misma, pues se cuece el maíz en una proporción tres partes de agua por cada

una de cal. Aunque, si los granos son muy duros, mi Abuela Petra acostumbraba lanzarle otro puño de cal. Esto lo hacía durante la tarde, pues una vez cocido el grano, se necesita dejarlo reposar toda la noche para que “reventara”, separando entonces la cáscara del maíz, lo cual facilitará el proceso de la molienda.

Es importante enjuagar la mezcla para quitar el exceso de cal. A continuación, viene la parte fundamental, que es la utilización del metate y el *metlapil*, o mano del metate. Y aunque hoy los molinos son quienes se encargan de este ritual, no podemos negar que el sabor de la masa de metate es diferente, por lo que cuando tenga usted la oportunidad de saborear la tortilla hecha a mano proveniente de la masa de metate... estimado lector, estará Usted regresando a los días en que el maíz constituía la razón de vivir y morir de nuestros antepasados mesoamericanos.

En este punto, permítanme mencionar a una entrevista que años atrás realizamos con una familia de la comunidad de Parácuaro, Gto., mientras buscábamos las recetas culinarias características del sur de nuestro estado. La familia nos dio una lección de las propiedades que una buena tortilla debe tener: un maíz de buena calidad y un proceso de nixtamalización adecuado constituyen la esencia de la tortilla mexicana del centro del país (he tenido la oportunidad de probar tortillas en diversas partes del norte de México y claro, en muchos estados de los Estados Unidos. Todas semejan una suela de plástico o, en el mejor de los casos, una liga de plástico sin sabor ni olor).

La familia, propietaria de dos tortillerías, acepta que hoy en día es difícil encontrar ambas características en un solo lugar. Primero, porque el maíz ha dejado de ser importante para los campesinos, pues los precios irrisorios que obtienen los obliga a buscar alternativas para cosechar. Esto conlleva la importación del maíz, el cual, cabe mencionar, es de muy mala calidad, “es maíz para animales”, afirmó tajante nuestra anfitriona.

- Ahora tenemos que usar harina de maíz, muchacha, y por eso no se obtiene la masa adecuada para una buena tortilla. Las que aquí se venden se rompen, se despedazan, ni pa' tacos sirven – afirmó.

¿Es esto posible? ¿Que después de miles de años hayamos perdido la fórmula para elaborar uno de los alimentos favoritos de nuestros ancestros? Sin duda, la tortilla nace con el primer ser mexicano. Incluso, el así llamado *pan de*

maíz aparece en la crónica de Francisco López de Gómara al describir la ciudad de Tlaxcala: "*Tlaxcallan, quiere decir pan cocido o casa de pan; pues se coge allí más centli (maíz) que por los alrededores*" El nombre de Tlaxcala viene del náhuatl: *tlaxcalli-tlán*, lugar de tortilla. ¿Esa identidad de la que tanto nos hablan a través de los libros se ha quedado pérdida por el afán consumista de vender cada vez más?

- Mira muchacha... estas son tortillas – nuestra entrevistada extendió una *chuskuta* recién levantada del comal, a la cual puso algo de sal y enrolló para hacerme recordar los “burritos” que mi Abuela ofrecía a mi llegada de la escuela... sí, no queda duda... el sabor casi dulce de la tortilla hecha a mano de masa de metate es sencillamente incomparable: similar al espectáculo de viento que generan las tortillas al inflarse mientras les dan vuelta con la mano humedecida de nuestra experta tortillera.

3) Producción de papel, aguamiel y pulque a partir del maguey. Esta característica resulta relevante para nuestro tema, pues la toponimia de Acámbaro (el origen de su nombre) surge precisamente de la lengua purépecha: *akamba* que significa maguey y del sufijo *ro*, locativo de esta lengua. Sin embargo, también es necesario mencionar que el origen de Acámbaro se encuentra 350 años más atrás, en 1275, durante el reinado de los otomíes en la frontera mexicana – purépecha; de ahí que la definición original de Acámbaro venga del otomí *maguadan*, cuyo significado es, precisamente, “lugar de magueyes”.

Es de valorar el hecho de que se afirme que Acámbaro fue fundado por otomíes en fecha tan temprana. Vamos, hasta hace algunos años, la historia oficial no reconocía la existencia del pueblo otomí en esta parte del Bajío, y únicamente se especifica que los chichimecas eran los dueños y señores de estas latitudes. Para dar mayor certeza a la afirmación del pasado otomí acambareño realizamos algunas visitas a comunidades guanajuatenses donde todavía se habla el otomí.

San Luis de la Paz, Guanajuato, es uno de estos lugares. Ahí conocimos a José Terrazas, quien afirma ser descendiente directo de los “flechadores de pájaros”, u otomíes.

- La nación ñätho ñähñu ñuhmu 'ñuhu (otomí), es el pueblo más antiguo de Nxihmhöi (nuestro Continente) – indica - mis abuelos, que eran hombres

muy sabios, recuerdan haber escuchado de sus abuelos, todavía más sabios por haber guardado las historias orales de sus ancestros, que la vida otomí se remonta a un pasado que se pierde entre las brumas de los siglos. El pueblo otomí es la cultura madre, el esbozo fundamental de cualquier ser humano.

Don José cierra los ojos para descansarlos del azul del cielo que nos abraza a lo largo y ancho del horizonte de lo que hoy es conocido como el corazón de la Gran Chichimeca.

- Sí, he escuchado todo eso... que los Chichimecas iban y venían, que eran los dueños y señores de estas tierras. Pero déjame decirte algo... contarte una leyenda que aplica a nuestros antepasados y que será suficiente para que te des cuenta de la importancia del pueblo otomí.

- Muy bien – respondí.

- Es el mito de la creación del mundo. Refiere que Dios, todavía en el vientre de su madre, escapaba de los demonios que no querían verlo nacer. Escapaban porque los demonios iban a matar a su madre. A punto de ser alcanzados, Dios le dice a su madre que lance por encima de sus hombros las pequeñas piedras que lleva en el morral. Ella así lo hace y de tal forma nacieron las montañas y los valles. También lanzó un trozo de espejo que dio vida a los mares, lagos y ríos que hoy existen. Al final, arrojó unas minúsculas plantas que se transformaron en árboles, bosques y selvas, además de los cultivos. A partir de entonces, con la huida de Dios y su madre, existieron los otomíes y su pueblo.

Por supuesto que este mito, lleno de colorido, no hizo más que reforzar mi idea de que detrás de todo esto debería existir un respaldo histórico que nos guiará con mayor certeza hacia el objetivo primordial: puntualizar la fundación de Maguadán por pobladores otomíes. Para esto, debemos ir directamente a las disputas entre los reinos de Pátzcuaro y Tenochtitlán.

Ambos, purépechas y mexicas, conquistadores por antonomasia, comenzaron su expansión bélica sobre los territorios de chichimecas y otomíes. En el paso de uno y otro, se encontraba, precisamente, Acámbaro. Para nuestra fortuna, y gracias a la complicidad de un curador privado, llegó a nosotros el documento “Relación de Querétaro”⁽⁷⁾, que nos otorga el fundamento para dar consistencia al origen otomí de Acámbaro (está, por supuesto, el acta de fundación del año 1526, aunque ahí se describe la fundación del pueblo ya evangelizado).

Está escrito en este documento,

“Cuentan los otomíes residentes de Acámbaro al encomendero de la *Relación de Celaya y su Partido*, quien se encargó de realizar un censo sobre su origen fundacional: La causa del nombre deste dicho pueblo de Acámbaro fue que, de muchos años a esta parte, cuatro principales, con sus mujeres según su ley, partieron de un sujeto de la provincia de Xilotepeque llamado Hueychiapan, y estos trujeron consigo hasta sesenta indios, ansimismo casados, los cuales eran de nación otomí (y esa lengua hablan); y estos cuatro principales, con los dichos indios, se fueron derechos al rey y señor (Tariácuri) que en aquella sazón señoreaba la provincia que dicen de Mechoacan y le dijeron que ellos eran de nación otomí y que querían estar en su servicio, que les diese y señalase el lugar y tierras donde poblasen”.

Pero además, debemos dejar en claro que este lugar es un sitio donde otros grupos humanos se asentaron, siempre pendientes de la actividad militar. Los chichimecas (“perros sin correa”, o “gente roja”), también hicieron presencia. Utilizamos el documento anteriormente citado para definir la posición de este indomable pueblo.

Acámbaro la “poblaron asimismo los indios que dicen chichimecas, los cuales tuvieron siempre los gobernadores del *Mechoacan*, puestos en frontera para defensa de sus tierras contra los indios mexicanos y otros enemigos suyos” (Relación de la Villa de Celaya: 61”).

Estos datos confirman lo que se establece en diversos artículos de reciente investigación sobre la fundación otomí de Acámbaro: la migración de los pueblos que conformaban la Triple Alianza buscando sostener sus territorios de ocupación. Es aquí, en Acámbaro, donde se confirma claramente la frontera *centro norte mesoamericana*. Este límite, además, abre un espacio para la discusión no menos importante de un término superior: Acámbaro constituye una **frontera cultural** entre los grupos sedentarios mesoamericanos y los grupos seminómadas del norte de México.

Este concepto de frontera cultural se utiliza con frecuencia hoy en día, y no muchos establecen con cierta soberbia, el que sea el río Grande, hoy Lerma, el límite natural entre los “cultos” mesoamericanos y los “bárbaros” árido americanos. Es decir, todo lo que está debajo del Lerma, son pueblos cultivados, mientras que hacia arriba de la ribera del río, sólo existe

salvajismo. Y no se crea que este concepto se aplica entre un grupo pequeño de ciudadanos. Incluso académicos de diversas latitudes siguen utilizando esta diferenciación que historiadores utilizaban para definir a unos y otros.

Como ejemplo del maniqueísmo utilizado desde tiempos lejanos, citemos a Justo Sierra, en su “Evolución política del pueblo mexicano”⁽⁸⁾, en el Libro Segundo, “El período colonial y la independencia, Capítulo I: Fundadores y Pobladores”, se lee:

“No fueron éstos los únicos tipos de conquista y fundación; otros hay bien notables. En el siglo XVI, como antes de él, todas las tribus nómadas del Norte se llamaban *chichimecas*; en donde confinaban al Sur con las regiones de grado o por fuerza sometidas a los españoles, cometían todo género de depredaciones, cada vez más inquietadoras para los gobernantes de la Nueva España, que resolvieron encomendar la pacificación de aquellas serranías pobladas de salvajes a los indios convertidos y asimilados. Y así fue: el punto de partida de las expediciones fue **Acámbaro**, fundado antes en los límites del reino de Caltzontzin”.

El debate sigue abierto, pues la postura indigenista sigue avasallada por la visión hispánica que los propios pueblos nahuas hicieron suya una vez que Tenochtitlán cae ante el dominio español.

4) **Fabricación de armas con bordes pétreos.** Sabemos que en la región de Acámbaro convivían al menos tres grupos étnicos: purépechas, otomíes y chichimecas. Tal convivencia se hacía de una forma organizada, tomando en consideración la estructura social, política y económica impuesta por los primeros. Realmente era una segregación étnica dentro de la cual cada grupo mantenía sus características lingüísticas vivas. Pero además, existían límites bien definidos dentro de la población, algo semejante a colonias donde unos y otros imponían códigos bien establecidos y aceptados, pues está documentado que los purépechas nunca tuvieron la consigna de transformar a los otomíes y chichimecas. Nunca hubo una intención de “purépechar” a los vecinos.

En un libro de gran relevancia no sólo para los acambarenses sino para los mexicanos en general, Shirley Gorenstein⁽⁹⁾ otorga un panorama enriquecedor del manejo de las armas por los pueblos aquí asentados. Indica la autora que el roce entre los pueblos permitió compartir experiencias en el uso

de arco y flechas, lanzas y el *átlatl* o lanzadardos. Pero también, permitió que comenzaran a desarrollar catapultas y mazos. Las puntas de las armas podrían estar elaboradas de puntas pétreas o metal, o combinación de ambas. Utilizaban escudos con armaduras de algodón. Todo esto permitió que los chichimecas fueran excelsos arqueros y los otomíes expertos en el manejo de las macanas y las hondas, así como en el combate cuerpo a cuerpo.

Gorenstein nos plantea de una manera fascinante la forma en que los asentamientos en Acámbaro sirvieron no sólo de frontera militar y política, sino de área de transición con el imperio mexica. Es decir, sí había incursiones militares entre ambos reinos, pero también existía intercambio de mercancías entre ellos. Los asentamientos de los purépechas en esta frontera estaban muy bien definidos y estratégicamente daban ventajas a los michoacanos, pues todos ellos estaban colocados en colinas, lo cual permitía tener una visión a largo alcance de los desplazamientos de sus contrapartes. De hecho, confirma la posición de los chichimecas sobre el Cerro del Chivo y posteriormente en las faldas del Cerro del Toro, tanto por su costumbre de habitar en cavernas como por la visión guerrera que tal pueblo practicaba. Otro de los puntos defensivos en el área se localizaba en el área de Yuriria, fortín militar de gran relevancia para los phoré (purépecha).

Esta cercanía entre los puestos de frontera permite que en un máximo de tiempo de una semana, la región entera sepa qué ocurre en su derredor y pueda preparar la respuesta ante una incursión enemiga. Esto no es más que una intrincada red de información que permite al imperio purépecha mantener su dominio en un amplio territorio mesoamericano. Pero lo más relevante dentro de este apartado militar, constituye el hecho de que los purépechas promovieron la creación de una red de espías que enmascaraban con la figura del comerciante. Lo anterior les permite ir por el resto de los reinos vecinos ofertando productos (del mar, principalmente) y obteniendo información de primera mano para mantener atentos a sus reyes.

Cabe destacar que los asentamientos otomíes y chichimecos en Acámbaro estaban exentos del pago de tributos a los purépechas. Y aquí reside un punto relevante en cuanto a la política que realizaban los michoacanos con sus gobernados: anteponían el bienestar de los súbditos a la riqueza que podrían aglomerar con el pago de impuestos. Esto resulta en una relación de confianza entre una y otra parte. Situación que, como se sabe, no pudo mantenerse por mucho tiempo en el imperio de Tenochtitlán.

El imperio purépecha era, sin lugar a dudas, un estado político finamente administrado y esto, al final de cuentas, constituyó la característica que les dio la victoria al enfrentarse con los habitantes del Valle de Anáhuac, quienes antepusieron el bienestar de los grupos dominantes a la administración de sus habitantes.

El asentamiento defensivo en Acámbaro nos demuestra hasta qué punto era importante para el imperio michoacano: constituyendo el punto más alejado respecto a la capital del reino, es también el punto estratégico más relevante ante los feudos circunvecinos pues aparece después de las elevaciones que rodean el valle de Acámbaro (si alguna vez tienen oportunidad de situarse en la elevación que se encuentra después de la comunidad de Inchamácuaro, rumbo a Salvatierra, podrá observar con detalles cuál era el panorama que las tribus invasores enfrentarían al llegar a los límites de Acámbaro: las fortificaciones naturales hacían de nuestra patria chica la mejor defensa imaginable).

Las anteriores características de los pueblos mesoamericanos coinciden con la experiencia acambareña a la llegada de los primeros conquistadores. De hecho, podemos afirmar que Acámbaro, hacia el año 1520, se destacaba no sólo por ser un espacio estratégico, sino por su boyante economía. Para el año mencionado, la población indígena existente en el centro del país oscilaba entre los 25 millones de habitantes. De éstos, 1.3 millones eran parte del imperio purépecha. No sabemos cuántos habitantes existían en el área de Acámbaro, pero sí sabemos que la utilización del maguey y sus variantes permitían el comercio no sólo de pulque sino de hilo de pita, con el bucal fabricaban hamacas, cordeles y costales.

Aunado a lo anterior, los habitantes de Acámbaro cultivaban el algodón, con el cual se realizaba una gran diversidad de mantas y ropa para vestir tanto a ciudadanos comunes y corrientes como para hacer lucir a sus soberanos. Incluso, todavía a finales del siglo XVII, la producción de algodón era una constante en esta región.

Para incrementar el valor de este producto, en la región norte del imperio purépecha y en particular en la ribera del río Grande, hoy Lerma, se cultivaban grandes extensiones de añil que permitía el teñir de azul los productos del algodón mencionado.

Con esto, la región donde hoy se encuentra localizado Acámbaro, sentaba los fundamentos para el posterior desarrollo textil que tanto influyó a favor de la revolución independentista de 1810 y que permitió que nuestro pueblo fuera conocido en regiones tan lejanas como Guadalajara, Monterrey o Zacatecas, ciudades a donde llegaban los productos de lana y algodón producidos en esta tierra nuestra, aunque existen testimonios de comerciantes que afirman haber enviado productos de lana a ciudades norteamericanas y europeas.

En este ámbito, el textil, datos fidedignos ilustran que a principios del siglo XIX, en Acámbaro existían diez obrajes, todos ellos en manos de españoles, sumando 141 telares cuyo principal producto eran los tejidos de lana. Pero además, existían también 339 telares que se encontraban en manos de pequeños talleres independientes, todos ellos pertenecientes a indios y otras castas. Un dato preciso indica que los telares de los indios llegaban a 210, lo que constituye el 42 por ciento del total, duplicando el total de los obrajes.

Desgraciadamente, las alcabalas, lenta pero inexorablemente, comenzaron a apretar más de la cuenta a la industria textil. Tal concepto, la alcabala, fue el impuesto más importante del Antiguo Régimen en la Corona de Castilla sobre el comercio y, desde luego, el que más ingresos producía a la hacienda real —pues aunque el diezmo era aún más importante, su perceptor principal era la Iglesia, con participación del rey.

De aquí nuestra afirmación de que la actividad textil también se sumó a las diversas causas que motivaron el levantamiento armado de septiembre de 1810.

La Re-fundación de Acámbaro en 1526

Antes, Durante y Después: 1522 a 1535 (13 Años)

Gerardo Argueta Saucedo
Acámbaro, Gto.

La re-fundación de Acámbaro “a la española”, o bajo un proyecto español, permite ubicar tres momentos fundamentales para la época: **Antes, Durante y Después** de este hecho histórico. La re-fundación tiene lugar entre el 19 y el 28 de septiembre de 1526.

DURANTE esos 10 días, la localidad inicia una nueva forma de vida. Y lo hace con el nombre español o colonizador de San Francisco de Acámbaro, conforme al Acta de Fundación de 1526. **ANTES**, el proceso de conquista de la región del Acámbaro Indígena inició en 1522⁽¹⁰⁾ y concluye justamente en 1526, al cabo de 4 años, en tanto que **DESPUÉS** tuvo vigencia su incorporación a la cultura hispana entre 1526 y 1535 cuando se firma el Acta de Fundación, es decir, 9 años más tarde. Aquí, quedó confirmada la re-fundación del Pueblo Nuevo como una Congregación de Indios, adscrita a la Provincia de Michoacán de la Nueva España.

Todo el período de re-fundación entre 1522 y 1535 abarcó 13 años, pasando la comunidad de lo indígena a lo español a través del Virreinato de la Nueva España que duró 300 años (1521-1821). Hernán Cortés llevó a cabo la Conquista entre 1519 y 1521.

ANTES: 1522-1526 (4 Años)

El nombre de Acámbaro significa “Lugar de Magueyes”. Y como tal, es el nombre indígena, único y original. En purépecha, es Acamba: Maguey, y ro: Lugar. En otomí, es Maguadan o Ma Guadán⁽¹¹⁾. La esencia del nombre surge de una amplia zona de magueyales.

El cronista comunitario Rafael Ferreira León consigna en su libro “Acámbaro”, que la fundación original tuvo verificativo entre el año de 1275⁽¹²⁾

y 1300. Era una aldea indígena, principalmente de otomíes. En el año de 1425 tiene lugar el establecimiento del Reino Purépecha y para 1450 -25 años más tarde-, Acámbaro es incorporado a este territorio⁽¹³⁾. El Reino vivía su expansión con un centro político, religioso, administrativo y militar en Tzintzuntzan (Lugar de colibríes).

En el Reino Purépecha, Acámbaro dependió⁽¹⁴⁾ de Taximaroa (Lugar de linderos) en 1520, hoy Ciudad Hidalgo, Michoacán. Taximaroa era una ciudad-guarnición que dependía de Tzintzuntzan. A fines del siglo XV, el Reino Purépecha ya disponía de 4 fronteras con 129 pueblos tributarios⁽¹⁵⁾. Acámbaro quedó al norte⁽¹⁶⁾ como frontera militar, teniendo en uno de su costados el paso del Río Lerma. Sin embargo, las incursiones de los otomíes que apoyaban a los Aztecas hacia el Reino Purépecha ocasionó diversos conflictos bélicos con los otros grupos también de otomíes que respaldaban a los Purépechas. Entre 1479 y 1495⁽¹⁷⁾, los Aztecas atacaron muy frecuentemente a los Purépechas, a los que finalmente, nunca lograron someter. En 1492, Acámbaro era cabecera de comunidades indígenas como Pejo, Irámuco, Chupícuaro y Tócuaro⁽¹⁸⁾.

En el año de 1521 cayó Tenochtitlan a manos de los españoles con Hernán Cortés y para 1522, el Rey Carlos V de España lo nombró Gobernador y Capitán General, lo que fortaleció la presencia del Conquistador ante el Reino Purépecha, lo mismo que en la región de Acámbaro. En ese mismo año de 1522, el “descubridor y conquistador español del Acámbaro Indígena” es Fernando Cortés, Marqués del Valle, de acuerdo a lo expuesto en la Relación de la Provincia de Acámbaro de 1580⁽¹⁹⁾. En ello coincide Federico Vargas Somoza en el texto “Acámbaro, la Villa Más Antigua de Guanajuato”⁽²⁰⁾.

Fray Pablo Beaumont en la “Crónica de Michoacán”⁽²¹⁾, relata que don Fernando Cortés, Marqués del Valle, visitó la jurisdicción de Taximaroa y que atravesó por tierra el Reino de Michoacán. En Taximaroa fue recibido por los Indios Principales del Pueblo y éstos, con los demás Caciques y una gran cantidad de naturales, hicieron su 'acatamiento' al Marqués en el llano que llaman Acámbaro Tepagua⁽²²⁾. Sin embargo y dado que la Conquista de Nuño de Guzmán fue muy violenta, Beaumont menciona que el Presidente de la Primera Audiencia de México “a todos tenía disgustados y más que a ninguno al Marqués del Valle, porque le tenía usurpadas muchas tierras de su Gobernación y le tenía hechos muchos agravios...”⁽²³⁾, aunque entre ambos no

se registra ningún conflicto armado. Don Fernando Cortés enfrentó pacíficamente el problema.

Alberto Rendón comenta que “a mediados de 1522, el antiguo Reino de Michoacán se comenzó a denominar como 'Provincia de Michoacán', una de las integrantes del territorio de la Nueva España”⁽²⁴⁾.

En 1522 los españoles logran someter al Reino Purépecha y a Acámbaro con Alonso de Estrada. En 1523, los indios de Acámbaro quedan encomendados a Pedro Sotomayor. Un año más tarde, en 1524, tiene lugar el establecimiento del Consejo de Indias y para el año de 1524 cruzan los primeros evangelizadores por el Reino Purépecha⁽²⁵⁾, a cuyo territorio llamarían “Provincia del Espíritu Santo”. Había ya una ruta natural entre Taximaroa, Acámbaro y Araró⁽²⁶⁾. Este último sitio, era un gran centro productor de sal. Los españoles trataron de someter a purépechas y otomíes. En 1525, los Franciscanos lograron instalarse en Tzintzuntzan, Provincia ya de “San Pedro y San Pablo”.

Desde ahí, emprendieron la conquista espiritual, paralela a la militar. Tras lograr el control eclesiástico y militar de la región, Taximaroa y Acámbaro no quedan exentos. Es sin duda, el antecedente de la posterior re-fundación de Acámbaro “a la española” en 1526.

Una vez incorporado Acámbaro a la cultura hispana desde el mismo año de 1526, el pueblo fue una frontera militar entre Purépechas y Aztecas. Es así que desde 1522 y hasta 1526, es decir, a lo largo de 4 años, junto con don Nicolás de San Luis Montañés, conquistador y fundador oficial de Acámbaro por mandato del Rey don Carlos V y el apoyo de don Fernando de Tapia, se pudo realizar el sometimiento militar y congregar permanentemente a los purépechas, otomíes y chichimecas. Los belicosos chichimecas pertenecían a la Nación de los Guamares⁽²⁷⁾.

A los propios Chichimecas-Guamares, los españoles los debieron someter violentamente en septiembre de 1526, en los días previos al inicio de la re-fundación de Acámbaro. Fue en un sitio conocido como el Valle del Derramadero, a pie del Cerro Grande, hoy conocido como Cerro del Toro⁽²⁸⁾. A partir de entonces, los españoles pudieron unificar a las tres principales razas indígenas del nuevo pueblo y hacerse sin problema la traza urbana. Fue una re-fundación pacífica.

DURANTE: 19 al 28 de Septiembre de 1526 (10 Días)

Bajo un proyecto español, Acámbaro es re-fundado entre el 19 y el 28 de septiembre de 1526. Fue un acontecimiento que duró 10 días. Sin embargo, fue una acción de hecho y no de derecho, pues ésta condición la adquirió hasta el 25 de noviembre de 1535 cuando es firmada el Acta de Fundación de 1526⁽²⁹⁾.

San Francisco de Acámbaro, siendo una Congregación de indios naturales de la Provincia de Michoacán, queda adscrita al Obispado de Michoacán, cuya sede original primero fue Tzintzuntzan y después, Pátzcuaro. A purépechas, otomíes y chichimecas se agregan los españoles, en una primera instancia; y en una segunda, pequeños grupos de pames, mazahuas y negros o africanos, de los que luego habría mulatos. Acámbaro es así pluriétnico con una mezcla de razas entre la cultura indígena, española y africana. Para el tiempo de la re-fundación de 1526 por cierto, había 412 jefes de familia entre purépechas y otomíes, en tanto que más de 5 mil chichimecas. En lo general, existían más de 5 mil 400 habitantes.

En la transcripción de la copia del Acta de Fundación del Pueblo de San Francisco de Acámbaro de 1526, Provincia de Michoacán de la Nueva España de Fray Pablo Beaumont del siglo XVIII⁽³⁰⁾, se desprenden las acciones que tuvieron lugar entre el 19 y el 28 de septiembre de ese año:

1.- Para el sábado 19 de septiembre, se asigna el nombre a la comunidad: San Francisco de Acámbaro, y los frailes evangelizadores colocan una cruz y prevén una ermita. Hay dos campanas e inicia el trazo del pueblo nuevo,

2.- Entre el domingo 20 y el sábado 27 de septiembre, hay una misa por la re-fundación, 6 caciques intervienen en este proceso y comienzan a repartirse casas y solares a los pobladores, lo mismo que áreas para huertas. Los Chichimecas-Guamares no representan peligro y aceptan quedar al otro lado del Río Lerma; los otomíes al centro y los purépechas al otro extremo de la comunidad. No falta un paseo de los habitantes y de los conquistadores españoles por todo el pueblo, a manera de festejo, y

3.- El domingo 28 de septiembre, tiene lugar la elección de autoridades mediante un Ayuntamiento, quedando al frente Pedro de

Granada y Mendoza, Gobernador de Provincia. La Provincia tenía a Acámbaro como cabecera. El alcalde ordinario fue Pablo Fabián de León. En lo sucesivo, la elección de las autoridades sería el primero de enero de cada año.

El Acta de Fundación de 1526 es firmada hasta el 25 de noviembre de 1535 tanto por la parte eclesiástica como militar. Por la primera, lo hacen Fray Antonio Bermul y Fray Juan Lazo de Quemada; y por la segunda, don Nicolás de San Luis Montañés en su carácter de “Capitán General por el Rey Nuestro Señor, Conquistador y Fundador, Poblador de estas Fronteras de Chichimecas de esta Nueva España”⁽³¹⁾. Nicolás de San Luis Montañés, merecedor de la confianza de Hernán Cortés, era un cacique natural de Tula y Jilotepec, así como Deudo de la Casa Imperial de Moctezuma.

La re-fundación constituyó el fin del Acámbaro Indígena, pero el inicio de “San Francisco de Acámbaro” conforme a un proyecto “a la española”. Y además de su carácter pluriétnico, destaca el mestizaje debido a la inmediata fusión de la sangre indígena con la española⁽³²⁾. La incorporación de Acámbaro a la cultura hispana imprimió un cambio radical en el modo de vida de los habitantes.

DESPUÉS: 1526 a 1535 (9 Años)

A partir de 1526, el proceso de re-fundación del Pueblo Nuevo siguió su curso, debido a que en los 10 días que sirvieron para integrar el renovado asentamiento de Acámbaro no se firmó ningún documento o Acta. Entre 1526 y 1527 se dio parte a la Real Audiencia de México, misma que confirmó el hecho⁽³³⁾.

Acámbaro adquirió entonces la condición de ser un pueblo conquistador y evangelizador⁽³⁴⁾. Ya para el 21 de septiembre de 1527, los acambarenses logran la re-fundación del pueblo de Tócuaro, al que llaman “San Mateo Tócuaro”. Aquí, hay agua en abundancia y es enviada a Acámbaro. Se abre un canal que años después servirá para construir un Acueducto. El agua llega a Acámbaro desde Tócuaro a las 5 de la mañana del 28 de enero de 1528.

En 1527, la localidad acambarenses era un presidio militar para las expediciones de colonización que hacían los conquistadores españoles hacia

el interior de lo que hoy es el Bajío y existía una capilla para la evangelización de los indios naturales. En 1528, se expiden las Ordenanzas de Burgos, que son firmadas por Carlos V, Rey de España⁽³⁵⁾, por lo que los pueblos recientemente re-fundados deben apegarse a sus exigencias y lineamientos como pueblos conquistados. Así también, entre 1529 y 1532, en la comunidad tiene verificativo la construcción del llamado Templo del Hospital Real de los Naturales⁽³⁶⁾. Este lugar tenía una doble función: Templo para evangelizar a los indígenas por medio de la Orden de los Franciscanos, y Hospital para atender y curar a los heridos por la Guerra regional de Conquista que había de nuevos territorios y de todos aquellos que lo requerían.

En 1529 se ordenó edificar un Templo y Convento por Nuño de Guzmán, Presidente de la Primera Audiencia de México. Fue de paredes de adobe y techos de paja⁽³⁷⁾. Sin embargo, inmediatamente, hubo otra obra que inició el 15 de mayo de 1531 y terminó en 1532. En este último año, Sebastián Ramírez de Fuenleal, Presidente de la Segunda Audiencia, ordenó la creación del “Hospital Real de los Naturales para los Pobres Enfermos y así mismo para los Caminantes”⁽³⁸⁾. Para 1533 y 1534, la población de Acámbaro ya pagaba tributos y seguía el reparto de tierras y solares, que no podían venderse. El agua fue distribuida a la población y comenzó la cría de ganado. En 1534 se asignó a favor de los habitantes un sitio para Estancia, denominado “De la Virgen”, que respaldó la función religiosa de tipo hospitalario que tenía la Iglesia.

Ya para el 25 de noviembre de 1535 es firmada el Acta de Fundación de San Francisco de Acámbaro de 1526⁽³⁹⁾, lográndose la de carácter legal o de derecho, no sólo de hecho. Debieron transcurrir más de 9 años desde septiembre de 1526. Testigos de todo fueron caciques de Querétaro y Apaseo, entre ellos, don Fernando de Tapia.

En 1535 llegan a la localidad la imagen religiosa de San Francisco de Asís⁽⁴⁰⁾, Patrono del pueblo, y la imagen de la Virgen de la Inmaculada Concepción, Patrona de Acámbaro, aunque ambas debieron tenerse desde 1526 con la llegada de los Franciscanos. En el año de 1536, el Templo del Hospital, avalado por don Vasco de Quiroga, el Primer Obispo de Michoacán, quedó en resguardo de la Provincia de este territorio y dos años más tarde, en 1538⁽⁴¹⁾, el lugar al que pertenecía Acámbaro y una buena parte de lo que hoy es el Estado de Guanajuato fueron incorporados al Obispado de Michoacán. Posteriormente, con la aplicación de la nueva división territorial de la Nueva España, de acuerdo a las Reformas Borbónicas, Acámbaro pasó de la Provincia

de Michoacán a Guanajuato⁽⁴²⁾. El proceso de desincorporación comenzó el 4 de diciembre de 1786. Al siglo XXI, la comunidad acambarenses mantiene una dualidad especial: Política y administrativamente pertenece a Guanajuato, pero eclesiásticamente está incorporada al Obispado de Morelia, antes Valladolid.

En 1535 surgió oficialmente el Virreinato en la Nueva España y en ese mismo año, llegó don Antonio de Mendoza, Primer Virrey. Él mismo, ordenó poblar más lugares en la región del Bajío y pacificar a los chichimecas bárbaros. Los Guamares estaban congregados en Acámbaro desde 1526, teniendo entonces como líder al Capitán Tariz, aunque eran pacíficos⁽⁴³⁾.

Es de resaltarse que posterior a 1526, el año de la re-fundación, los españoles necesitaban de una adecuada defensa del territorio desde Querétaro hasta el Lago de Chapala, no sin que incursionaran al Bajío a combatir a los aguerridos Chichimecas y a re-fundar otras poblaciones. Acámbaro para la época llegó a tener límites territoriales bien definidos que abarcaban “a Ucareo y Zinapécuaro, al sur; hasta Querétaro, al oriente; hasta la Villa de San Miguel el Grande, al norte y al poniente, hasta Yuririapúndaro”⁽⁴⁴⁾.

La comunidad acambarenses llegó a concentrar trece barrios⁽⁴⁵⁾ y pueblos de servicio, entre ellos, Irámuco y Andocutín. A mediados del siglo XVI tuvo más de 3 mil habitantes y siguió siendo una frontera militar y de culturas entre el Bajío, con los Chichimecas; los otomíes de Xicotitlán, del actual Estado de México, y pueblos que pertenecieron al Reino Purépecha.

Así, a lo largo de 13 años: 1522-1535, Acámbaro vivió un intenso proceso de Conquista (1522-1526), Colonización (1526) y de Incorporación a la Cultura Hispana (1526-1535), siendo un pueblo de profundas raíces indígenas⁽⁴⁶⁾.

A la fecha, tras cerca de 500 años (1526-2026), Acámbaro conserva su nombre original, que es de esencia otomí, y a través de los Siglos, la localidad ha pasado de aldea y congregación de indios a ciudad⁽⁴⁷⁾, manteniendo promisorias perspectivas de modernización y desarrollo social en el mundo globalizado del siglo XXI.

Acámbaro: Cabildo de Indios en el Bajío

Rocío González Tapia
Frankfurt, Alemania

Hace algunos años en un correo electrónico que me hicieron llegar desde Acámbaro, Guanajuato, mi tierra natal, se me informaba que se había localizado un facsímile del “Acta de Fundación de San Francisco de Acámbaro” y que tal documento había sido entregado al municipio para su exhibición al público.

Este motivo me llenó de orgullo y lo comenté con mis compañeras de escuela a quienes atrajo en grado sumo el que en fecha tan remota, 1526, la tierra que me vio nacer haya sido incorporada “a la civilización”, dicho esto, claro, en tono de “burla amigable”. No obstante, un par de meses después, a mediados de 2008, asistimos a una conferencia sobre George Kubler, impartida en la Universidad de Música y Artes Escénicas en Frankfurt, en el estado federal de Hessen, Alemania. En esta charla, vino a colación el nombre de Acámbaro y fue entonces cuando me cobré con creces la burla de mis compañeras, pues una turca y otra israelí, voltearon a verme con cara de sorpresa y sana congoja.

En tal charla, impartida por Shirley Spillman, alumna del historiador norteamericano de arte precolombino, Acámbaro se mencionó en varias ocasiones como el mejor ejemplo del “machote” para la fundación de los pueblos españoles. Esto llamó en grado superlativo mi atención y poco después de terminada la conferencia tuve la oportunidad de hablar con la Antropóloga Spillman quien, sorprendida de mi lugar de origen, me habló largo y tendido sobre la dichosa “Acta de Fundación de San Francisco de Acámbaro”, entregando además, una lista de libros y documentos de investigación donde podría encontrar más datos sobre tal “fundación”.

Dedicada a la investigación como pasatiempo de mi persona y mis dos compañeras durante seis fines de semana y después de visitas a bibliotecas públicas y privadas, logramos conjuntar tres consideraciones que enviamos de manera inmediata a Spillman y que ahora, con motivo de esta compilación, compartimos con ustedes.

I

Dejando a un lado el proceso de colonización llevado a cabo por los primeros peninsulares que arribaron a la región norte del imperio purépecha (encabezados por Cristóbal de Olid y su ansia inconmensurable por los metales preciosos) y que más tarde arribaron al bastión cosmopolita establecido en Acámbaro, entonces frontera entre los tarascos y los siempre impredecibles chichimecas, resulta por demás relevante e incluso paradójico el acto cívico realizado en ese añorado asentamiento indígena por parte de los recién llegados españoles: la fundación del pueblo de San Francisco de Acámbaro.

La primera consideración viene aparejada con un reclamo hacia quienes tienen en sus manos la posibilidad de mostrar la verdad detrás del mito: ¿por qué “fundar” un pueblo en un sitio donde existía una bien establecida sociedad indígena? De acuerdo a los estudiosos que hemos consultado sobre el asentamiento nativo en el sitio de Acámbaro, está documentado que la sociedad existente en el entonces pueblo indígena poseía características poco comunes entre las comunidades regionales. En esta sociedad convivían organizadamente grupos de otomíes, chichimecas, mazahuas, purépechas e incluso pequeños grupos toltecas. Todos ellos aportaban su parte a la consolidada entidad acambarenses y no pocas veces fueron partícipes de acciones bélicas donde lo primero que se buscaba sostener era el vínculo social.

¿Para qué, entonces, fundar el pueblo por parte de los españoles? Bueno, esta duda que salta ante cualquier lectura del “Acta de Fundación”, no es más que el reflejo del carácter bivalente de la conquista española. De hecho, el objetivo primordial de los peninsulares era expresar el dominio sobre el ente ajeno, demostrar la fortaleza de la “civilización” (de la que hablaban mis compañeras) sobre los “bárbaros” nativos.

Aunque la mayoría de los cronistas afirman que existía también un amplio sentido de evangelización o conversión de las tribus locales, no podemos dejar de lado que el principal móvil que empujaba a los hispánicos era el poseer las tierras y todo lo que en ellas existiera, tanto por el “mandato divino” (Fernando e Isabel, Reyes de España, recibieron el título de Reyes Católicos otorgado por el Papa Alejandro VI, mediante la bula *Eximiae devotionis del 3 de mayo de 1493*. Dicho título fue heredado por los descendientes en el trono, poseyéndolo actualmente el rey de España) que por todos lados se argumentó como eje rector de la conquista, como por la urgencia

que Carlos V y compañía tenían de bienes materiales buscando evitar que la Corona sucumbiera a sus excesos (mucho después, claro está, vendría el sentido humano al intentar inculcar en las tribus locales el sentimiento de arraigo hacia su comunidad, el carácter del bien común que los Doce Apóstoles enarbolaban como escudo protector ante las flechas y piedras con que nuestros antepasados defendían su herencia indígena).

Para los conquistadores, el objetivo primero ante la gran cantidad de tribus que, desperdigadas en un pequeño terreno, confluían como un ente unificado, era atraerlas lo más cerca posible entre sí para que una vez congregadas, fuera posible la conversión, tanto la cívica como religiosa. No en vano uno de los ejes fundamentales de la política española en el nuevo mundo fue acercar en un espacio reducido a la población indígena y urbanizar, en la medida de la fuerza de trabajo local, esos grupos diversos de tribus en torno al fascinante (y temible) símbolo de la cruz.

Con gran visión, los españoles tuvieron en mente que las congregaciones de indios fueran administradas por los nativos, pero siempre de la mano de la Corona (a quien se entregaban los cuantiosos recursos que esta tierra pródiga poseía en grado sumo). Esta forma de organización permitió controlar a los grupos humanos antes alejados entre sí, pero también, logró evangelizar a la comunidad adoradora de “símbolos infernales”.

Hay que destacar que esta agrupación de nativos se realizaba completamente ajena a la comunidad creada por los españoles. Es decir, tomando en cuenta la experiencia presentada en las conquistas de oriente medio, a través de las Cruzadas que tanto dinero aportaron a las arcas de la Santa Iglesia Católica, los españoles aplicaron el mismo método para sus conquistas en la Nueva España: República de Indios y República de Españoles. En la primera, las agrupaciones indígenas se denominaron “cabeceras” y ahí se establecieron los conventos y las parroquias. De las cabeceras dependían los barrios si éstos se encontraban a corta distancia; de lo contrario, tales asentamientos se denominaron “estancias”.

Con esta estructura administrativa, la Corona tenía en sus manos la facilidad de incorporar a los indígenas a la sociedad pero sólo como mano de obra y como carne de cañón para aplicar los preceptos religiosos. En palabras de los primeros franciscanos llegados a estas tierras, “era necesario crear pueblos que se basaran en los preceptos de las villas españolas”, teniendo a sus

instituciones como los ejes rectores del desarrollo social. De ahí la importancia de crear instituciones *modernas* como el municipio y el ayuntamiento que, junto a las instituciones religiosas como la iglesia, la escuela y el hospital, permitieran cambiar el destino de los nuevos grupos humanos”.

Sin embargo, este proceso de total aculturación del grupo nativo por medio de instituciones “modernas” tuvo una excepción que a la fecha sigue siendo motivo de discusión entre los investigadores modernos: el cabildo de indios de San Francisco de Acámbaro.

II

La existencia de Acámbaro data, según los datos más confiables, de la segunda mitad del siglo XIV. Así lo establecen documentos recopilados por Francisco del Paso y Troncoso, historiador mexicano quien, en un esfuerzo digno de mencionar, recopiló una gran cantidad de códices y relatos que permiten ubicar con precisión los sitios y asentamientos indígenas inmediatamente posteriores a las grandes culturas prehispánicas.

Acámbaro es pues, nuestro punto de análisis por poseer un documento completamente detallado que constituye su Acta de Fundación. Tal documento fue encontrado por Fray Pablo de la Purísima Concepción Beaumont, cronista franciscano, quien reproduce un texto tomado en el año 1761 por fray Felipe de Velasco (quien afirma haberlo copiado de un documento “celosamente guardado” por los indios naturales) donde se narra de forma explícita la fundación mencionada.

Este documento es un traslado “fielmente sacado del instrumento que tiene el común de indios de este pueblo de San Francisco de Acámbaro; y para que conste ser verdad todo lo que contiene esta copia simple, yo, Luis Antonio Alejo, escribano de república de este dicho Pueblo de Acámbaro, la firmé en él, en seis días del mes de Agosto de mil setecientos y sesenta y un años”.

En esta narración, que por ser acambarenses resulta de gran interés por otorgar a mis antepasados una posición privilegiada entre los “nuevos pueblos”, exige de inmediato imparcialidad ante lo que ahí se establece, pues una estructura similar, un cabildo de indios en el reino de Michoacán, no es un ente que aparezca uno o más ocasiones dentro del ámbito purépecha e incluso del Bajío entero. Veamos.

Nicolás de San Luis, quien describe de manera “civilizada” la fundación, llevaba consigo el título de “Capitán General” otorgado por “el rey nuestro señor, conquistador y fundador, poblador de estas fronteras chichimecas de esta Nueva España”; pero también, traía ya en su léxico los formatos de fundación de villas y ciudades españolas, otorgándonos una descripción de la urbanización del sitio tal como si varias veces con anticipación hubiera sido el artífice de la fundación de otros pueblos.

Este indio, convertido por “gracias de Dios” a las normas peninsulares, es fiel ejemplo de lo que las “armas y las oraciones” generaban en los naturales colaboracionistas: no en vano, Nicolás de San Luis fue un eficiente y eficaz siervo de los conquistadores en la región de Acámbaro y Querétaro, en la primera etapa, y después, en la más difícil conquista de la Gran Chichimeca (aunque, es necesario dejar constancia de esto, también ha sido denominado como el “narrador que más daño ha hecho a la historiografía de la Nueva España”).

Adicionalmente, es de resaltar el hecho de que Nicolás de San Luis haya sido el medio idóneo para que las urbes indígenas se inclinaran ante la cruz y la espada peninsulares, y que tal sometimiento se haya dado en un ámbito “de paz y buena voluntad” (pues todavía no ocurrían las tragedias y masacres que Nuño de Guzmán trajo a su paso por Michoacán rumbo a Jalisco), aún cuando en la misma Acta de Fundación se describe con lujo de detalle cómo es que los chichimecas no permitían la sacralización de sus personas.

¿Quién era realmente Nicolás de San Luis? Nicolás de San Luis, descendiente de los reyes emperadores de Tula, de Jilotepec, en Tlaxcala... es nuestro protagonista en esta historia que inicia el 19 de septiembre de 1526: la fundación del Pueblo de San Francisco de Acámbaro. En el documento exhibido por Beaumont en su “Crónica de Michoacán” se congregan a purépechas y otomíes (llegados éstos con el ex cacique ahora convertido en católico conquistador) en el llano denominado *del Ramadero* al pie de un cerro grande, donde se habían llevado a cabo infinidad de batallas en contra de los chichimecas. Tal lugar se encontraba junto a un caudaloso río llamado entonces de Toluca, o río Grande de Santiago.

La presencia de los chichimecas en el relato es una referencia sumamente hostil, pues las menciones a ellos nos indican de su conflicto

perenne con los purépechas, a quienes atacaban por cualquier motivo, aunque también, en contrapartida, establece la guerra sempiterna de aquéllos con los mexicas. Nicolás de San Luis no establece de manera tácita si los otomíes habitaban el área de Acámbaro. Por otros autores y obras diversas sabemos que sí.

He aquí, entonces, el primer conflicto con la narración de Beaumont. Aún más, en *Relación de Michoacán*, manuscrito de relevancia fundamental para conocer el reino purépecha, se establecen al menos quince menciones sobre la existencia de Acámbaro desde mediados del siglo catorce, justo en el auge del rey Tariacuri: se menciona Acámbaro como fortificación ante la invasión chichimeca, también se establece como sitio de recaudación y se hace explícito que el nombre del sitio hace referencia a la abundancia de magueyes en el área.

Lea usted, *“Concluidas las obras de fortificación, los guerreros purépecha levantaron su campo, engrosando el ejército con numerosos escuadrones que cada día se les incorporaban, y tomando un rumbo no previsto por sus enemigos, en rápidas jornadas que cada una de ellas era una victoria, ocuparon y fortificaron a Acámbaro, dejando allí una guarnición mandada por algunos de los más nobles capitanes; extendieron su correría hasta Querétaro, en donde establecieron, para defensa de aquel lejano punto, una pobladísima colonia de tarascos y de auxiliares suyos”*.

Relación de Michoacán, Capítulo XIII.

Sigamos con Beaumont sobre lo descrito por Nicolás de San Luis.

Nuestro protagonista establece que la nueva población nace con la erección de una “cruz alta de cinco brazadas de alto, de madera de sabino”, material que según las crónicas indígenas, abundaba en la periferia de la región. La traza urbanística del pueblo nuevo se marcaba en cuadrados exactos, siguiendo, sin duda, la traza de las ciudades españolas que, a su vez, se basaron en la traza de las ciudades romanas.

Tenemos entonces que en Acámbaro, como se daría en el resto de las fundaciones novohispanas, confluían los dictámenes civiles y religiosos: la cruz, con su marcado simbolismo que estaba más allá de lo religioso y que fundamentaba las dos principales tareas de los conquistadores: traer a la tierra las bondades del cielo a través de civilización de los bárbaros indígenas y, la

traza urbana mencionada por Nicolás de San Luis quien nos lleva de la mano y establece con precisión de dónde a dónde se daban las posesiones, partiendo, claro está, del centro marcado por la cruz y la división de propiedades a manera de tablero de ajedrez, trayendo a colación, una vez más, el simbolismo representado por los cuadrados tallados a cordel y compás: cuatro lados que nos llevan a las cuatro estaciones con sus cuatro elementos y los cuatro puntos cardinales. ¡Caramba! Todo este cúmulo de significados cabía en la mente del nuevo líder acambarenses.

Pero todavía falta más, pues mientras la descripción de la urbanización se da a la usanza civilizada, faltaba la parte catequizante: “en el mismo lugar donde sitúo la cruz... se puso una ermita y dos palos altos, uno arriba atravesado, onde se colgaron las dos campanas; y domingo, a veinte de septiembre, celebró la misa de Espíritu Santo el padre y señor Don Juan Bautista, cura y vicario del pueblo de Tula”. Es decir, a la construcción humana, ahora se agregaba la santificación espiritual del “nuevo pueblo de Dios”: adiós a los ídolos y estatuas, no más sacrificios y actos inhumanos, ahora todo se reduce a la doctrina de la modernidad a través del Santo Evangelio y la Palabra Escrita. El nacimiento del pueblo se consuma con el bautismo de los naturales quienes, gustosos, ven la luz por vez primera en sus vidas, dejando atrás el oscurantismo que por siglos los mantuvo lejos de la bondad divina.

En este punto resulta relevante las disposiciones adoptadas por los nuevos dirigentes para regular la convivencia en la nueva población: atrás quedaron las reglas establecidas entre las diferentes tribus para la convivencia original. Atrás quedaron los lineamientos aprendidos de los purépechas para la tributación y las tareas de vigilancia de otomíes y chichimecas. Ahora, cada uno de los pueblos involucrados estaba destinado a congregarse en un área definida: la mitad del pueblo hacia el Norte se dedicó para el establecimiento de los otomíes; en tanto, la mitad sureña se destinó para la residencia de los purépechas.

¿Y los chichimecas? Bueno, esta gente belicosa fue enviada más allá del Río Grande de Santiago, justo en la falda del hoy llamado Cerro del Chivo. Ni más, ni menos.

La distribución del terreno para cada una de las familias significó también la forma de jerarquización de las familias “fundadoras”, ya que éstas

recibieron cincuenta brazadas para su asiento, en tanto que los nativos (los dóciles, por supuesto), recibieron treinta brazadas. Claro que mientras más cercanos estuvieran del centro fundador, mayor relevancia poseían al estar cerca del poder político y religioso. No obstante, es necesario recalcar que el alma del pueblo, hoy identificado como la plazuela de San Francisco, conservó la libertad de tránsito que bien supieron mantener los españoles, quizá pensando que al cooptar la libertad de movimiento de los pueblos siempre armónicos con su entorno, podrían tentarlos para sacudirse el yugo que desde entonces, con salves y jaculatorias, se mantendría durante los próximos tres siglos.

Volvamos a la narración.

Nicolás de San Luis es explícito en cuanto a los acontecimientos rimbombantes. Menciona el cacique de Jilotepec, “repicaron las campanas y tocaron las cajas” mientras los peninsulares y los nativos ya “civilizados” lanzaban loas, vivas y arengas a favor del Rey y el Reino de España. Una vez más, la conquista espiritual precede a la conquista terrenal. Para el narrador de la fundación, en apenas unos instantes, “quinientos hombres católicos y otros quinientos amigos indios chichimecas” dejaron constancia del suceso fundacional llevado a cabo por los nuevos renegados; en apenas un cerrar de ojos, los aguerridos chichimecas se transformaron en amigos y fieros combatientes que “danzaban encima de los cerros, dando alaridos y tirando sus flechas...”. Los “indios de guerra” que nunca cedieron un ápice, los “perros sin correa” a quienes nadie venció a través de las armas, se transformaron, en apenas unos instantes, en “fieles súbditos de Su Eminencia” gracias a la rendición espiritual y terrenal que el antiguo cacique de Jilotepec inculcó en sus almas buenas.

En este momento, es relevante lo que el nuevo líder moral acambareense expresa: “visto la ruina de los enemigos, subí en mi caballo blanco...”. ¿Qué desea expresar el enigmático Nicolás de San Luis? ¿Es acaso una forma novedosa de desviar la atención del lector hacia algo más relevante que la fundación moderna de una congregación de indios? Sin duda, el hecho de que este indio converso sea el medio por el cual conocemos la fundación de un pueblo novohispano nos trae una serie de consideraciones: hasta ahora habíamos evitado el uso del prefijo “Don” para referirnos a Nicolás de San Luis. Este privilegio, que lo equiparaba con cualquiera de los nobles peninsulares, constituía por sí mismo la mejor manera de demostrarle al resto

de los miembros de la sociedad quién era y de qué tamaño era el poder de este indio converso: Don Nicolás tenía el poder necesario para moverse en los círculos de decisión de la nación recién inaugurada.

Sin embargo, el rasgo que denota mayor prosapia en la frase es la utilización de otro símbolo de poder: el caballo, y mayor aún, el equino blanco. ¿A qué nos lleva esta consideración? De entrada y en el ámbito terrenal, a la tradición simbólica de utilización del color blanco en un objeto de poder. Y esto, ante los miles de indios conversos, arrepentidos o simplemente amenazados, colocó la figura del cacique como una señal de lo que el destino les deparaba: sumisión o extinción. Del otro lado, en el mundo espiritual, nos remite, por supuesto, a la figura inexplorada de Santiago el Mayor.

¿Por qué Santiago el Mayor? Uno de los doce apóstoles de Jesucristo, fue hermano de San Juan Evangelista. Jesús llamó a los dos hermanos *boanerges*, del griego “hijos del trueno”. El apóstol Santiago el Mayor es venerado de manera particular en España, donde las tradiciones más duras establecen su predicación en la península ibérica: el sepulcro de Santiago el Mayor se descubrió en el siglo IX. En este sitio se construyó la catedral de Santiago de Compostela, que a la fecha constituye un centro de peregrinaje de gran asistencia a través del llamado Camino de Santiago, de ahí que en la mayoría de sus representaciones se le muestre como peregrino.

Se le considera patrón de España, tras la supuesta aparición del Apóstol en la batalla de Clavijo, a partir de la cual se ha generado la iconografía de *Santiago el Mata Moros*, montado en un caballo blanco y empuñando enérgicamente una espada. ¿Alguna similitud con Don Nicolás? Simple pregunta.

Sin duda, nuestro personaje ha llegado a un punto de quiebre en su actuación como fundador de pueblos. Traer a colación a Santiago el Mayor como el gran defensor de la religión cristiana, el siempre identificado como enemigo de los infieles, se refleja en Don Nicolás de San Luis no como una simple coincidencia: imaginémoslo encima del caballo blanco y encabezando a los antiguos herejes chichimecas ahora tras de él, como milicia de cruzados. Es claro que no deseamos afirmar lo anterior. Pero ante una serie de consideraciones simbólicas, no es posible dejar de comparar lo que ocurrió en San Francisco de Acámbaro una vez que los indios conversos aceptaron la fundación de un ente nuevo que para ser justos con nuestra historia indígena,

no fue fundación, sino sencilla mutación de un ente natural por uno español.

III

Don Nicolás de San Luis y su caballo blanco avanzando por las calles del pueblo refundado, escoltado por religiosos franciscanos quienes lanzaban a los cuatro puntos cardinales la señal de la cruz, mostraba que mucho se avanzaba en la tarea de doble conquista. Sin embargo, el segundo paso, la construcción de la república, requería tomar forma: hacia la tarde de ese domingo de septiembre, se procede a la formación política del pueblo “nuevo”: el cabildo indígena traía emparentado consigo mismo la idea de los conquistadores de otorgar poder a los naturales para frenar el liderazgo de los caciques locales quienes, a pesar del poder recibido (recordemos a Don Nicolás), mantenían a su gusto lo que mejor les convenía.

Mientras los notables nativos fueran tomados en cuenta, los peninsulares tendrían el sartén por el mango y el poder de los antiguos líderes se iría debilitando. Divide y vencerás, o para seguir recordando a la tristemente famosa “Orden de los Pobres Caballeros de Cristo”: la espada y la cruz han sido hermanas en el camino de la salvación de los herejes, gracias al ya mencionado Papa Alejandro VI, quien convirtió de un plumazo a la reina Isabel en dueña del Nuevo Mundo para “ampliar el reino de Dios en la tierra”.

No obstante el detalle del documento presentado por Beaumont, cuesta trabajo aceptar que esta clase de cabildos indígenas haya sido la pauta que se seguiría en el resto del territorio purépecha y después en el resto de la Nueva España. La narración es en extremo “oficialista”, es decir, sigue al pie de la letra lo dictado por las autoridades españolas para edificar cristiana y cívicamente una población, amén de mostrar el beneplácito de las autoridades virreinales y los dictados para la construcción de los edificios que harán las veces de guardián y soldado de la fe para el futuro de tal comunidad.

Algunos especialistas a quienes consultamos han comentado que esta experiencia en Acámbaro no se replicó en otros espacios novohispanos gracias a la desastrosa presencia de Nuño de Guzmán y la estela de sangre que dejó tras de sí. Sin embargo, también es necesario recordar que en esta área, los tarascos poseían un firme legado para nombrar a sus dirigentes el cual se basaba principalmente en la consanguinidad.

Los actos oficiales concluyeron el 28 de septiembre de 1526, fecha en la que se constituye oficialmente la población teniendo como entes de poder a los siguientes grupos: el grupo gobernante con ocho integrantes electos, entre ellos el gobernador, dos alcaldes ordinarios, uno otomí y otro tarasco, un alcalde o regidor mayor, un regidor, un fiscal mayor, un alguacil mayor y un escribano de la república. A éstos añadan doce caciques y principales, la mitad de ellos de la tribu otomí y el otro restante de entre los purépechas.

De acuerdo al documento expuesto por Beaumont, una vez realizada la “fundación” del pueblo de San Francisco de Acámbaro, era necesario establecer los cimientos de la “civilización”: edificios que permitieran a los naturales recordar que estaban inmersos en un proceso evolutivo al amparo de Dios y del Rey. Por lo tanto, era necesario llevar a cabo la construcción de los símbolos respectivos: la iglesia y el convento. Pero para que éstos pudieran ser útiles, era necesario que existieran las condiciones necesarias para cualquier población españolizada: era esta una regla para cualquier población “nueva” en el mundo desconocido pues debía proveerse de los materiales necesarios para que los individuos pudieran vivir. Y un elemento fundamental lo constituía el agua. Ésta debía fluir con mediana regularidad. Pero además, la presencia del líquido garantizaba el carácter simbólico de la fundación: el bautismo sobre los nativos era piedra de toque para el futuro avance de la evangelización en la tierra ignota.

La narración indica de manera explícita cómo fue que los naturales se ofrecieron “voluntariamente” para construir el acueducto que recogiera el agua desde su origen para llevarla al corazón mismo de la ciudad santificada. Fue del cerro de Tócuaro, a poca distancia del centro comunitario, donde se tomó el agua que purificaría el alma de los conversos. Sin embargo, es de notar que las familias residentes en Tócuaro no estuvieron de acuerdo en congregarse en San Francisco de Acámbaro, pidiendo se les respetara su decisión. El sacerdote que intentó llevar a cabo la negociación se dio cuenta que nada haría cambiar de parecer a los “gentiles” y realizando ahí mismo la ceremonia de purificación, le otorgó a la comunidad el nombre de San Mateo de Tócuaro, creando, con ello, el primer *sujeto* dependiente de la cabecera.

En la descripción de Beaumont se muestra claramente la forma en que se construye el edificio más simbólico de los peninsulares, el Hospital. A pesar del carácter humanitario que tales instituciones pregonaban, su verdadera razón de ser rápidamente se vio superada por la atención inmediata de las

nuevas enfermedades que los españoles traían consigo: la mortandad entre los nativos alcanzaba límites impresionantes. Claro está que antes de la llegada de los españoles existían enfermedades entre los indios, pero éstas no alcanzaban el grado de epidemias gracias a la dispersión de las poblaciones.

En el caso del Hospital de Acámbaro y después en el resto de los hospitales michoacanos, su labor fue más allá de la asistencia humanitaria pues el trabajo llevado a cabo por personajes como Vasco de Quiroga les imprimieron un sello característico que no se repitió en el resto de la Nueva España, transformándolos en un instrumento propio de los indígenas y sus familias.

Según el relato de Nicolás de San Luis, fue en el año 1532, al concluirse el convento de Santa María de Gracia, cuando los frailes franciscanos Antonio de Bermul y Juan Quemada Lazo, tuvieron el honor de fundar el hospital respectivo. No obstante, aparece aquí la segunda inconsistencia en el relato: en la Relación de la Villa de Celaya y su partido, escrita en el año 1581, se habla de dos hospitales construidos en Acámbaro: "...uno, de los tarascos, y otro, de los otomíes...". ¿Cómo ignorar la existencia de dos entes simbólicos fundamentales para la nueva comunidad española? ¿Cómo ignorar que estos hospitales fueron fundados precisamente por Fray Juan de San Miguel, guardián del Convento de Acámbaro en 1542?

Conclusión

Semanas después de haber enviado las tres consideraciones antes descritas, recibimos contestación de Shirley Spillman.

“Los franciscanos fueron hombres de bien... aunque ese bien siempre estuvo condicionado a lo que mejor conviniera a sus intereses. Cuando mencionas que el cacique otomí Nicolás de San Luis había redactado el documento que tanto circula en el ámbito histórico y que se encuentra en la Crónica de Beaumont, no pude menos que sonreír, pues los otomíes nunca escribieron cosa alguna por sí mismos en las fechas que refieres. Mucho menos pudieron haber escrito la historia de sus pueblos. He rescatado los archivos que enviaste por correo y analizado lo descrito por Beaumont. Esto me ha permitido recalcar lo que mencioné en mi conferencia sobre el Maestro Kubler: el Acta de Acámbaro constituye una pieza de origen europeo. Consulta la *Relación*, documento anónimo, escrito en 1717, cuya copia existente se

localiza en Roma para que compares las descripciones correspondientes a los pueblos y sus fundaciones. Este documento narra las tribulaciones y desventuras de Nicolás de San Luis”.

Estábamos ante un panorama difícil de enfrentar, pues Spillman nos envió una cita del cronista franciscano Alonso La Rea que establece la fecha de fundación de Acámbaro hasta 1540. ¿Fue entonces premeditado el que Nicolás de San Luis haya sido el protagonista principal de esta saga fundacional? Incluso, ¿es posible que la manipulación del pasado sea el medio idóneo para validar la existencia de un nuevo mundo?

No hubo posibilidad de acceder al título residente en Roma pero una vez más, Spillman vino al rescate, enviando algunas diapositivas (veinte de ellas) del documento denominado *Relación*, cuyo estilo francamente difícil de descifrar, incluye también sugerencias hacia el Acta de Acámbaro, pues en aquél, las descripciones arquetípicas e incluso quiméricas, dan paso a razonamientos decididamente académicos semejantes a los que inundan nuestro documento fundacional.

Entonces, respecto al Acta de Fundación de Acámbaro, ¿estamos ante una manipulación de la memoria histórica, o un relato compensatorio que busca otorgar identidad y autonomía a los pueblos conquistados?

Los indios otomíes gozaban de privilegios por haberse apegado a las normas civiles y religiosas de los conquistadores e incluso, me atrevo a afirmar, había algunos (como Nicolás de San Luis) que sólo respondían a las órdenes del Virrey; pero además, debemos resaltar el hecho de que estos caciques otomíes formaron parte indisoluble de la campaña de evangelización entre los chichimecas quienes, más tarde, volvieron a interrumpir el sueño panegírico de los españoles durante la famosa Guerra Chichimeca.

Aunado a lo anterior, es de suma importancia recalcar que en estas descripciones tan “modernas”, los narradores otomíes “olvidaron” mencionar por qué la migración de Jilotepec; por qué la ausencia de sucesos bochornosos como tantos que protagonizaron los españoles e incluso ellos mismo durante su estancia en los pueblos “nuevos”. En lugar de esto, nuestros “cultos y católicos caciques” nos muestran un mundo ideal, tanto material como espiritual donde ellos, los caciques provenientes de Tula, son propiamente los conquistadores de los bárbaros chichimecas. A manera de colofón, salta a

simple vista la pregunta que tanto me ha causado desvelos al leer y releer al Acta Fundacional Acambarenses: ¿cuál es la razón de que Nicolás de San Luis no mencionara que en Acámbaro los otomíes estaban supeditados al líder purépecha?

La narración de Nicolás de San Luis busca, al final de cuentas, dejar bien establecida una serie de tradiciones orales que, gracias a la imaginación de los narradores, podría adecuarse al contexto en el que se diera. Al estar escrita, tal narración no puede ser modificada, adquiriendo una “veracidad” que incluso el burócrata de la Corona acepta como fiel retrato del original “guardado por los naturales”: fue necesario utilizar un método probado para transformar la tradición oral en historia escrita, y esto significa, ni más ni menos, la utilización de un formato general que suprima posibles errores de tiempo, espacio y protagonistas.

De una u otra forma, el documento fundacional acambarenses viene a ser un buen ejemplo de lo que la tradición indígena en la Nueva España nos legó como visión de una nueva cosmogonía: el cacique otomí se quita de encima el pasado un tanto incierto para proclamarse como el ente *nuevo* de poder en el pueblo *nuevo*. Alienación, tal vez, aunque hoy en día, y gracias al dicho, “lo escrito, escrito está”, nos permite mantener presente el objetivo que todavía hoy, seguimos buscando: la identidad como pueblo.

Mi Puente de Piedra

Por Teresa Camarillo
Berkeley, California

Mucho se ha comentado en mi tierra natal de Acámbaro, Guanajuato, sobre si Francisco Eduardo Tres Guerras construyó o no el Puente de Piedra que une las dos riberas del Río Grande de Santiago, hoy denominado sencillamente Río Lerma. Cuando niña, recuerdo nítidamente a los mayores hablar de tal artífice con un orgullo semejante al de quienes formaron parte del esfuerzo constructivo del resto de las obras arquitectónicas que en Acámbaro tienen su espacio bien delimitado.



Sin embargo, también existieron los que afirmaban precisamente lo contrario:

Tres Guerras nunca estuvo en Acámbaro para construir el Puente de Piedra. Las razones que esgrimen son fácilmente aceptables, pues mientras el insigne artista celayense vivió entre el año 1759 y 1833, la construcción del Puente de Piedra data del año 1785. De ahí que el *Miguel Ángel* de América en tal año hubiera contado apenas con veintisiete primaveras. Además, y de acuerdo a la mayoría de sus biógrafos, Tres Guerras únicamente dejó su natal Celaya para dirigirse en viajes cortos a la ciudad de México, San Miguel, Valladolid, Guanajuato y San Luis Potosí. Sí estuvo una gran cantidad de tiempo en la ciudad de Querétaro, donde llevó a cabo algunas de sus obras más bellas y precisamente en los años de construcción del Puente de Piedra en Acámbaro, Tres Guerras se encontraba realizando en esa ciudad la reconstrucción de la Iglesia de Santa Rosa.

De cualquier forma, la importancia del Puente de Piedra construido en Acámbaro posee un respaldo histórico digno de la majestuosidad de la obra. Recordemos que Acámbaro tuvo una etapa de transición de los cultivos propios de la época prehispánica cuando se cultivaba algodón, permitiendo la elaboración de todo tipo de mantas y ropa, hasta aquellos frutos que hoy en día

sean extraños verlos por los campos agrícolas locales. De hecho, todavía a finales del siglo diecisiete, la producción de algodón en esta región abarcaba el gran espacio entre Acámbaro y Tlazazalca. Pero aún más. Para incrementar el valor de este producto en la región norte del imperio purépecha y en particular en la ribera del río Grande, hoy Lerma, se cultivaban grandes extensiones de añil que permitía el teñir de azul los productos del algodón mencionado. Con esto, la región donde hoy se encuentra localizado Acámbaro, sentaba los fundamentos para el posterior desarrollo textil que tanto dinero otorgó a los hacendados que tuvieron la visión de invertir en la infraestructura de telares durante la segunda mitad del siglo XVIII.

Como bien se ha resaltado previamente en un texto de una compañera acambarensa, el agua utilizada para estas labores de cultivo se generaba a través de un riego rudimentario que utilizaba el líquido de la gran cantidad de cuerpos de agua que existían en el valle de Acámbaro. Tal método utilizaba rústicos canales que más tarde, con la infraestructura hidráulica desarrollada con los recursos de las haciendas, permitió hacer uso del agua del río Grande para anegar las tierras de cultivo. Estas haciendas rápidamente se transformaron en centros de trabajo que albergaban una gran cantidad de indios y castas, a quienes, claro está, explotaban de la manera más inhumana que pudiera imaginarse: otorgaban comida y hospedaje a manera de pago, con jornadas de hasta dieciséis horas de labor.

Hacia la mitad del siglo XVIII, la Iglesia Catedral de Valladolid, de la que entonces dependía Acámbaro, logró incrementar de manera vertiginosa la cantidad de dinero que ingresaba a sus arcas a través del llamado diezmo. Un ejemplo nos sirve de muestra: en la época de 1724 a 1771, la etapa de transición de la cría de ganado hacia la agricultura, los principales cultivos en Acámbaro fueron el maíz y el trigo.

Resalta el hecho de que la Iglesia Catedral de Valladolid, Michoacán, constituyó el principal promotor financiero de las haciendas, pues ya en tales fechas, los clérigos se dieron cuenta que debían promover la actividad económica ante el descontento existente en contra de los hacendados. De esta forma, con la retribución de los créditos, los ricos hacendados se dieron cuenta que tenían en la clerecía a su más férreo amigo (aunque también, en determinados momentos, enemigo... ya verá por qué), pues más del 50% de los diezmos que se pagaban, les eran regresados en créditos y préstamos para el desarrollo de la agricultura.

No es entonces raro que a partir de 1750 y durante veinte años, el Cabildo Catedral de Valladolid haya decidido establecer bodegas, trojes o “casas del diezmo” y financiado la construcción de puentes y acueductos para almacenar, comerciar y apoyar el desarrollo de sus diversas regiones.

Pero, y ¿por qué de los diezmos? Resulta que el Papa Alejandro VI concede a los Reyes Católicos (Isabel y Fernando) la posesión de los diezmos de las Indias. El diezmo, como bien se sabe, significa el diez por ciento de los bienes de los fieles. En aquellos días, la décima parte de la producción agropecuaria de los devotos. Tal cesión de diezmos a favor de la Corona Española queda finiquitada en la bula “*Eximiae devotionis sinceritas*”. El fin primero de tal bula residía en que los reyes españoles tuvieran la posibilidad de hacer frente a los gastos que las iglesias americanas generarían. Tales gastos incluían, por supuesto, la construcción y dignificación de los templos y la manutención de los clérigos. Ésta consideración quedaba muy bien definida en la bula mencionada.

Con el recurso de los diezmos, el Cabildo Catedral de Valladolid construyó diversas obras civiles y aunque en un principio se ha definido la construcción del Puente de Piedra como producto de un acuerdo del Cabildo Catedral de Michoacán de fecha 11 de abril de 1750, es necesario mencionar que existe documentación escrita que permite diferir de tal aseveración. Lo que es imposible de negar es que el actual Puente de Piedra constituye uno de los más largos y mejor contruidos de todo el periodo colonial y de acuerdo al inventario ordenado por el Conde de Revillagigedo en 1795, “...no hay puente más digno de noticia que el construido en Acámbaro”.

Denominado desde su nacimiento como Puente de Piedra por el material utilizado, permite unir las dos riberas del río Lerma en la parte norte de mi pueblo añorado. Fue construido expresamente para dotar de granos a los centros mineros que ya entonces se explotaban en Guanajuato y Zacatecas, además de Guadalajara y el resto del Bajío. La contemplación del Puente de Piedra nos permite remitirnos a su construcción, la cual constituye por sí misma un ejemplo del preciado trabajo llevado a cabo por manos locales: consta de nueve arcos, todos ellos finamente detallados. Mide poco más de 160 metros de longitud por 5.30 metros de ancho en la vía y casi seis metros de ancho total sumando los pretiles. Los robustos pilares tienen cuatro metros de grosor. Los materiales con que se erigió son piedra pegada con mortero de cal y la cantera amarillenta fue utilizada para forrarlo de cuerpo entero. De acuerdo a

expertos constructores, el Puente de Piedra debe su enorme calidad al *junteado* llevado a cabo que nos permite hasta el día de hoy, seguir admirando la uniformidad y textura en sus dos caras.

En la opinión de ingenieros y arquitectos, el Puente de Piedra no tiene comparación con otros puentes similares en la mayor parte del territorio mexicano y de acuerdo a sus fechas de construcción, sí resulta una proeza de la arquitectura y la ingeniería pues en el lado oriental del mismo, al frente de cada uno de sus pilares, es decir, en sentido contrario hacia donde se desplaza la corriente, se encuentra un añadido en forma de cuña que sobresale al paño lateral en casi metro y medio. El sentido de estas cuñas es, por supuesto, que los pilares ofrezcan mayor resistencia a la corriente, desplazando las enormes masas de agua hacia ambos lados.

Este agregado arquitectónico es en suma relevante pues la existencia de tal elemento sigue existiendo en toda la vertical del pilar a la fecha de esta participación, desde la base hasta su parte superior, otorgando a la vista una de las imágenes en piedra más relevantes que pudiera encontrar en las construcciones de puentes en la Nueva España. Por otro lado, en el lado contrario, también se presenta una cuña, aunque ésta no termina en punta, sino que se corta, tal como si fuera un trapecio. Esto, estimado lector, tenía su razón de ser: el Puente de Piedra no fue construido sólo para transportar mercancía. No. Fue construido para que el viandante tuviera la posibilidad de recorrerlo y en la mayoría de las veces, sentarse a disfrutar el paisaje que los ahuehuetes en general, y la corriente del Lerma, en particular, otorgaban a la estampa.

No fueron decenas, sino cientos de veces las que, acompañada de la familia, disfrutamos de los descansos del Puente de Piedra. Pasábamos horas enteras imaginando las leyendas que de él se cuentan (una joven dama enterrada en cada uno de las columnas); o bien, recordando la vieja historia de la fundación de Acámbaro, cuando la princesa Acamba se ahogó en este mismo lugar. Dichosos aquellos que alguna vez tuvimos la oportunidad de tocar, sentir y por qué no, recargarnos en el Puente de Piedra para sentir cómo el pasado subía a través de su piedra y cal, transmitiéndonos los sentimientos propios de quienes hacen de este monumento uno de los más significativos de cuantos posee nuestra lejana tierra.

Es necesario, sin embargo, hacer notar una diferencia de años entre los dos puentes construidos en Acámbaro. Si bien la fecha de conclusión del

primer puente nos remonta la segunda mitad del año 1751, de acuerdo a los documentos que se encuentran en el Archivo General de la Nación y que concuerdan con la autorización del Cabildo Catedral de Valladolid, *algo* ocurrió con ese primer puente pues en documentos exhibidos en la Universidad del Noreste de Illinois, en Chicago, durante la exposición “Independencia de México, documentos ocultos”, pudimos contemplar con asombro que el denominado “Puente del Hambre”, atribuido al obispo Fray Antonio de San Miguel y construido en 1785 en Acámbaro, fue financiado en su totalidad por los comerciantes locales. ¡Vaya sorpresa!

Por lo pronto, regresemos a nuestra historia del, o los puentes de piedra, en Acámbaro. Más adelante pondremos a su disponibilidad los documentos referidos encontrados en la Universidad mencionada.

Gracias a los créditos eclesiásticos, Acámbaro, a finales de los años mil setecientos sesenta, contaba con los recursos suficientes para inaugurar una nueva forma de generación de riqueza que la diferenció del resto de las poblaciones del Bajío: las unidades manufactureras del sector textil, aprovechando el auge de la lana y el algodón (hacia 1793, el censo económico estableció que Acámbaro y su jurisdicción poseía 339 telares que producían, principalmente, tejidos angostos de lana y algodón. La mayoría de los telares pertenecían a las castas y a los indios, aunque los obrajes eran propiedad de los españoles).

El auge económico, como siempre, estuvo concentrado en pocas manos: en las familias de los hacendados. Y éstos, sin ningún tipo de consideración, dejaban que sus trabajadores literalmente, se murieran de hambre. Los hacendados sabían de la pobreza y peor aún, de la hambruna que comenzaba a rondar en las tierras del Bajío: la ración de maíz que otorgaban a las familias que dependían de las cosechas no era suficiente para saciar el hambre de los cada vez más paupérrimos grupos humanos. La Iglesia comprendió, tarde, que la explosión demográfica que se llevaba a cabo en las fértiles tierras requería un tratamiento organizado para hacerle frente, pero también, exigía que los hacendados dejaran de acaparar los granos que ya, en plena calle, al cruzar el portón de madera de las haciendas, estaban matando de hambre a los más pobres.

Ocurrió entonces que durante las noches del 27 y 28 de agosto de 1785, apareció en el centro de la Nueva España una helada que acabó, en un cerrar de

ojos, con todas las plantaciones de maíz en el Bajío. A esto añada granizo y un frío digno del polo sur que se mantuvo hasta el mes de septiembre. Lo anterior, que más tarde fue llamado una “pequeña edad glacial”, vino a barrer con la endeble salud de las masas de campesinos e indios que sobrevivían a expensas de las haciendas, pues en octubre de 1785, los hacendados, definitivamente, cerraron sus trojes y pagaron a sus empleados con dinero, en lugar de granos.

Usted dirá, amigo lector, ¿dinero constante y sonante en lugar de maíz! ¡Bien! El problema ahora consistía en ¿qué comprar?, pues los dueños de los granos no los vendían más y los productos de primera necesidad se fueron al cielo. ¿Dinero? Mejor maíz. Esto ocurría en la zona rural. ¿Qué pasaba en tanto en las áreas urbanas? La escasez de alimentos se hizo presente. El temor a la hambruna inició su aparición en las urbes como Valladolid, Querétaro, León, Guadalajara y la misma Ciudad de México. Fue entonces cuando las autoridades tuvieron que publicar un bando para prohibir el acaparamiento de alimentos, aparecido el 11 de octubre de 1785. Pero esto no fue la solución, pues ocurrió entonces que los “hambreados rurales”, se encaminaron hacia los centros urbanos mencionados... en busca de comida... que no iban a encontrar tampoco allá.

Lo anterior trajo escenas horripilantes que colman los libros de historia de los países anglosajones: hombres y mujeres cazando y tragando gatos, perros, aves y cualquier animal que se encontraran en su camino; familias enteras alimentándose de raíces, cortezas de árboles, plantas y todo aquello que semejara comida; padres de familia que vendían a sus hijos por uno o dos costales de granos; menores abandonados a su suerte en las puertas de las haciendas.

Autoridades civiles y eclesiásticas se dieron cuenta que aquello debía tener una respuesta creativa. De entrada, abrieron hospicios y "hospitales de hambre" que para ser completamente imparciales, no sirvieron de nada, pues paliar los sufrimientos de miles de personas era tarea poco menos que imposible: una cocina podía dar de comer a cuatrocientas personas, pero para ello, requería de al menos ciento cincuenta guardias que impidieran que el resto de los que exigían alimentos, saquearan el lugar.

No fue sino hasta que Fray Antonio de San Miguel, obispo de Valladolid, tuviera una respuesta racional a la problemática de la hambruna, que el problema comenzó a tener visos de solución: iniciar la construcción de

obras de gran envergadura que permitieran a los desempleados obtener recursos para adquirir alimentos, aunque, en el mejor de los casos, lo único que se lograba era trabajar para recibir a cambio una ración de alimentos.

El Fraile Constructor (como se le llamó desde entonces) inició la gestión de obras públicas que atrajeran a grandes cantidades de personas: edificios con carácter social, gigantescos canales de riego, acueductos elevados y puentes impresionantes fueron parte de este plan de rescate social mediante obra civil. En muchos sitios Fray Antonio de San Miguel, obispo de Valladolid en persona, inició la gestión de obras públicas que atrajeran a grandes cantidades de personas en busca de trabajo y sustento.

Fray Antonio de San Miguel entendió que la hambruna era sencillamente la expresión propia de los cambios estructurales en la sociedad novohispana. De ahí su propuesta de obra pública para irrigar amplias extensiones de fértiles campos y resolver, en lo inmediato, la crisis de hambre que azotaba el Bajío.

El Obispo ofreció más de 40 mil pesos en préstamos a los hacendados del Bajío para iniciar un amplio programa de plantíos de maíz durante el invierno de 1785 y todo el año 1786. “Corresponden 72 pesos de préstamo por cada fanega de maíz sembrado en las tierras recién irrigadas”, establece el bando respectivo. Esto era un gran atractivo para los hacendados, quienes recibían el pago de cada fanega en condiciones normales a 32 pesos.

La propuesta del Obispo Constructor venía aparejada con la solicitud hacia los hacendados para que colaboraran en la realización de las obras civiles necesarias para hacer frente a la catástrofe alimentaria. Es en este punto donde estamos en condiciones de hablar del Segundo Puente de Piedra. De acuerdo a los datos encontrados en diversos documentos, este segundo puente tuvo un costo superior a los ochenta y cinco mil pesos y fue solventado en gran parte con recursos de los dueños de la industria textil local, quienes tenían como objetivo levantar la industria agrícola utilizando la siembra de maíz de riego y por medio del puente, mantener surtida de los granos básicos para su alimentación a Valladolid y el resto de las urbes.

Se incluyen al final de esta colaboración los documentos obtenidos que nos confirman lo arriba mencionado. Por lo tanto, y esto es simplemente un comentario personal, en Acámbaro, el llamado Puente de Piedra, construido a

inicio del año 1751, sufrió algún tipo de accidente. Fue construido de manera diferente a como se construyó el Segundo Puente de Piedra, cuya principal característica fue su fortísima estructura y los detalles arquitectónicos que hicieron frente a la corriente perenne (y poderosa) del río Lerma. Quizá fue esto, la fuerza del agua, lo que derrumbó el Primer Puente de Piedra.

Hoy, tras casi doscientos veinte años después de la construcción de Mi Puente de Piedra, podemos estar orgullosos de que esta obra, cuyos primeros indicios fueron aquellos extensos maderos que permitieron la salida de los chichimecas de la población novohispana, sigue presente en la memoria de quienes lo conocimos.

Esperamos que por fin, este monumento virreinal sea declarado libre de vehículos y que los niños y jóvenes sepan que debajo de la piedra y la cal, existen cientos, quizá miles de historias que hoy alguien debería rescatar... para beneficio de todos, propios y extraños.

Equivocaciones que se advierten en los tomos 1º y 2º
de la obra del Sr. Hamann.

En el tomo 1º pag. 463 se dice q. Metaphrasia dicen de
Pallastus cinco leguas. En el tomo 2º pag. 73 se menciona al
dicen seis leguas; no siendo mas que un error de cuenta, pues
la distancia entre ambas fincas es la de siete y media leguas,
medida por ligas, como se usa en la Estadística, y tambien en
los itinerarios. Sabido tambien que esta medida es comun.

En la pag. 465 del tomo 1º se dice que el Sr. Comendador
Zimarrilla era Sr. Doctor, y no se llamaba así, sino Sr. Dr.
Comendador.

En el mismo tomo, pag. 467 se nombra al intendente
Aguiar, D. Mariano, y no era sino Sr. D. Alfonso
vamos a la lista de los señores en Novelas.

En la pag. 58 del apéndice, dice el Sr. García Comendador
lo alojaron en el colegio de S. Nicolás Voluntaria pero no es correcto,
pues el colegio se llama de S. Nicolás Obispo, primitivo de todos
los americanos, y fundado por el Viceroy D. Alonso de Sotomayor.

Después en lo q. hay equivocación mas substancial es en lo
que se afirma en el tomo 2º pag. 70, en la nota. Allí se dice
que el famoso fincar de Arantura fue vendido a Francisco el
Obispo de Michoacán D. Fr. Antonio de S. Miguel. Pero no es asi
lo que en realidad hizo pº remediar la escasez y carencia de la

comillas fue habilitar con diversos riego á los labradores, puentes
para q' sembraran mayor riego y así mantener aquellas
calamidades del año del hambre. Después con muchos contrayos
á su expense el Gobierno agilizóse á Valladolid y con obras
de necesidad, beneficencia y ornato público fue encomendada al
D. D. Pedro Murillo, luego después se dirigió á algunas ciudades

La obra del magnífico Puente se adelantaba á largo tiempo
del año de la hambre, con una cantidad de dinero que suministró
un Sr. D. N. Villaverde, administrador de la Real Hacienda
de San Cristóbal, y principalmente con el préstamo de los pitones
de aquel comercio. Los sembradores con este puente como puente
del incremento y actividad á que aquel se había elevado con
la multitud de telares y fábricas de tejidos, principalmente
de lana que hubo en dicho punto, pero con tan pocos, al bar-
cen de poca moneda, se había elevado á más de una obra que
costó más de ochenta mil pesos.

Man. de Gonzalez

Notario

El hermoso magnifico Puente de Acambato con simen-
tado sobre una catedral elevada en techos muy firmes, es
de tres vueltas de arched y tres de maza; tiene sesenta
árboles, el mayor, se desmenu y cinco vueltas de elevacion, quin-
ce y con torcia de clara, y a este respecto los demas; con
un puente de diamante de dos vueltas y media para el
corben las barreras del Rio, y en barreras con una
aquella de fortificam mejor. A la banda del pueblo han
construido de piedra labrada con el las creaciones
en la forma: un paramento cuadrado de piedra
de media vana de grueso, y cinco vueltas de alto, por
dentro y fuera de sillaria. La longitud del puente es
de creacion quince vueltas, y en la parte en la parte
una angosta es de cinco vueltas tres tercios. El corte de
esta obra fue el de setenta y cinco mil y poco
de peso. Para su conservacion se mandó por el Sr.
D. Esteban de Salas por medio de los de la casa de
mil setecientos sesenta y cuatro que se destinaron anual-
mente setecientos pesos de las creaciones y por pension pa-
gaba cada año el Puerto de Acambato a la ciudad de
Salinas: con destino para la satisfaccion adelantada
y abastecido.

Noticias sacadas del documento original de obra en
el Archivo del Ayuntamiento de Acambato, sobre aquella
concesion del Virrey y cuyas noticias transmito al Sr.
D. Lucas Alamán

Seg.º tomo 8.º 1851

Mano D. Gonzalez
Alaman
G. D.

Entre héroes nos vimos

Por María José Cervantes García
Acámbaro, Gto.

En Valladolid, hoy Morelia, la noticia de la rebelión del cura Hidalgo la madrugada del 16 de septiembre de 1810, causó conmoción entre la población. Peor aún al conocerse los sangrientos hechos ocurridos en la toma de la Alhóndiga de Granaditas. Grupos de vecinos comenzaron a agruparse para hacer resistencia al ejército de “reos, indios y chusma” que encabezaba Miguel Hidalgo, viejo conocido entre los vallisoletanos y a quienes sus primeros amigos en tierra michoacana habían apodado *El Zorro*, mote adquirido en el colegio jesuita de “San Francisco Javier” gracias a su inteligencia y astucia.

Por supuesto que quienes mayores temores mostraban eran los españoles peninsulares, quienes de inmediato aportaron recursos en metales preciosos y en especie para hacer frente a los insurgentes. Resalta el hecho de que la Iglesia Católica, quien ya había “excomulgado” a Hidalgo y su ejército, pidieron a sus representantes en Valladolid que cedieran una campana de la catedral para fundirla y fabricar cañones; con esto, y con el edicto que el obispo de Michoacán, Miguel Abad y Queipo (que iniciaba con una lapidaria sentencia bíblica: “Todo reino dividido en fracciones será destruido y arruinado”) lanzó contra Hidalgo, Allende y Aldama, los purpurados confiaban detendrían el ejército libertador.

Aunado a esto, la ciudadanía de Valladolid confiaba en que el Regimiento Provincial de Pátzcuaro los haría fuertes para defender la plaza. Sin embargo, una noticia aterradora llegó procedente de Acámbaro: un torero, antiguo amigo de Hidalgo, de apellido Luna, había aprehendido al coronel Diego García Conde, al intendente Manuel Merino y al señor de la Casa Rul que iban en camino de su ciudad, cargados de oro y plata, el día martes 7 de octubre de 1810.

Estos personajes que salieron de México hacia Valladolid para preparar y reforzar la defensa de la ciudad, recibieron noticias de que en Acámbaro la situación estaba tranquila, pues se sabía de parte de los hacendados locales que la “pacificación de la plaza era por todos conocida”. Por tanto, para llegar a Valladolid, los viajeros debían cruzar por la aduana acambarenses, o bien, viajar

por la sierra de Ucareo, lo que generaría enojo en la comunidad acambarenses quien ya, por medio de los correos desplazados a esa zona, sabía de la salida desde México del contingente que llevaba a los importantes ciudadanos realistas. Todavía al llegar al pueblo de Apeo, en las cercanías de Maravatío, Diego García Conde sugirió el cruce por la sierra a caballo, pero el resto de sus acompañantes decidió marchar por los límites de Acámbaro en carruaje.

Sin embargo, como bien mencionó García Conde en una carta posterior enviada al Virrey Venegas, el pueblo de Acámbaro sabía ya de su viaje e incluso los cocheros que le proporcionaron en la comunidad de Apeo, estaban ya de acuerdo con los las fuerzas insurgentes acambarenses.

¿Por qué la simpatía de Acámbaro con el movimiento insurgente?

Cuando Miguel Hidalgo da el Grito de Independencia en la madrugada del 16 de septiembre, la población de Acámbaro tenía alrededor de 38 mil personas. Viejo conocido en esta región, el Padre Hidalgo visitaba regularmente a sus amigos hacendados, siendo uno de los más recientes periplos el realizado para cerrar una venta de 80 toros de lidia para las actividades de tauromaquia que tanto gustaban en la localidad.

A la entrada de Miguel Hidalgo y su ejército en Celaya, el 21 de septiembre de 1810, Juan Bautista Carrasco, originario de Acámbaro, se unió al contingente insurgente logrando el nombramiento de Brigadier. El Cura Hidalgo, al conocer de su origen y vecindad, lo despacha hacia este lugar para que informe del levantamiento a sus amigos hacendados y juntos, lancen la proclama libertaria en el sur de la intendencia de Guanajuato.

Entre tales amigos a quienes Carrasco informa se encuentra el hacendado Juan Bautista Larrondo y su esposa, María Catalina Gómez, dueños de la hacienda de San Antonio, quienes supieron por la autoridad local del viaje de Coronel Diego García Conde y la comitiva peninsular. Afines a las ideas del Cura de Dolores, la familia descendiente de vascos, encomendaron al Torero José Manuel Luna, también amigo del Cura, juntara entre la comunidad acambarenses a poco más de doscientos civiles en caballo y trescientos a pie, la mayoría de ellos armados con palos y armas rústicas, para hacer frente al contingente realista.

Este numeroso grupo, alentado por el carácter festivo de Luna,

esperaba impaciente la llegada de una docena de hombres que habían sido nombrados “escolta” de los realistas y que realmente eran amigos de toda la vida del Torero. Por ello, una vez que el contingente llegó a divisar las primeras casas en los límites de Acámbaro, la “escolta” aprovechó la vegetación que rodeaba la vereda y en un santiamén se perdieron de la vista de la comitiva para ir a encontrarse con los patriotas mexicanos.

- ¡Bienvenidos Sean, Amigos! – gritó Luna a los vaqueros.
- ¡Los carruajes están bordeando el cerro del Toro! – anunció uno de los escoltas que abandonaron a García Conde y compañía.
- ¿Cuánta gente viene en camino? – preguntó el Torero.
- Son los tres gachupines, el hijo de uno de ellos, un ensotinado y un sirviente, además de los dos cocheros – respondieron.
- ¡Vámonos, entonces! – grito Luna a su improvisado ejército.
- No tienen por qué apresurarse... los cocheros se detuvieron a la entrada del pueblo para cambiar una mula... y lo van hacer de nuevo antes de salir de Acámbaro – respondieron los escoltas.
- ¡Vaya, entonces también esos hombres están con nosotros! – Luna, ya completamente eufórico, compartió una cómplice sonrisa con su contingente.
- ¡Viva la Independencia de México! ¡Muerte a los enemigos del pueblo! – se escuchó entre la turba que salió rumbo a la cañada del pueblo de Tócuaro.

A la altura de la Hacienda de San Antonio, a poco más de dos leguas de Acámbaro y hacia las dos de la tarde, García Conde y sus acompañantes observaron una enorme muchedumbre que parecía estar esperándolos.

Supieron de inmediato que iban por ellos.

- ¿Qué quieren, qué buscan? – el Coronel salió de su carruaje con el sable en su mano izquierda y la pistola en la diestra, haciendo un gesto con su rostro indicando al resto de sus compañeros se colocaran detrás suyo.
- ¡Coronel Diego García Conde! – gritó el Torero Luna a unos diez metros de distancia – en nombre del Ejército Libertador que encabeza Don Miguel Hidalgo y Costilla, venimos a decomisar a favor de la nación el cargamento de metales que ustedes conducen.
- ¡Háyase visto semejante tontería e insulto a Vuestra Excelencia! – repuso enérgicamente el Intendente Merino, quien de inmediato se acercó al Coronel para indicarle, “Mencione su cargo, Coronel... Nosotros somos

representantes mismo del Virrey Venegas... y por supuesto del Rey de España en...”

Desgraciadamente para su causa, el Intendente Manuel Merino no acabó su frase pues una lluvia de piedras inundó el cielo y en un cerrar de ojos, los peninsulares estaban atados de pies y manos.

Mal habían hecho los hacendados de la región al anunciar a las autoridades virreinales que Acámbaro era puerto seguro para el paso de los monárquicos. El Grito de Dolores caló hondo entre la ciudadanía pues a la llegada del contingente capitaneado por el Torero Luna, el pueblo entero estaba ya preparado para ensalzar la valentía de los hombres acambarenses y otorgar todo el apoyo para el ya entonces nombrado en Celaya, Capitán General del Ejército Independiente, Miguel Hidalgo y Costilla.

La gente vitoreaba rabiosamente a los héroes locales, lanzando improperios y toda clase de injurias en contra de los capturados.

- ¡Viva la Virgen de Guadalupe! ¡Mueran los Gachupines!
- ¡Entréguenlos para colgarlos!
- ¡Yo quiero la cabeza del anciano...!
- ¡Muera el mal gobierno! ¡Viva el Séptimo! (en alusión a Fernando

VII)

Incluso los curas de Acámbaro, acostumbrados a dar órdenes a través de sus sermones, estaban estupefactos ante el recibimiento que la ciudadanía dio a los insurgentes. Ninguno de ellos, claro está, se opuso a las manifestaciones espontáneas de la plebe... so pena de perder privilegios, propiedades e incluso, la vida misma. Tal aseveración se establece de manera concreta pues en la comitiva de los capturados iba el padre Ondarza, que a pesar de no tener relación alguna con los sacerdotes locales, lo más natural hubiera sido que los curas residentes en Acámbaro solicitarán su perdón... pero la revolución avanzaba en zancos.

La comitiva virreinal fue llevada a un mesón en plena plaza de San Francisco. Un cirujano, el doctor Soberón, llegó para revisar la condición física de cada uno de los hombres ahí encerrados y mientras hacía su trabajo, la turba sedienta de sangre seguía pidiendo las mayores atrocidades para ellos. Hubo necesidad de colocar centinelas al frente y en la azotea de las

habitaciones, pues en caso contrario, se hubiera dado una masacre.

La multitud nunca se separó del mesón, por lo que fue necesario enviar a los hispanicos fuera del pueblo, justo rumbo a Celaya, con el fin de que Hidalgo y Allende los entrevistaran y decidieran qué hacer con ellos. Esta acción se realizó hacia las once de la noche y fue necesario que los seis detenidos, acompañados de doce insurgentes, atravesaran tres fincas para que la turba no supiera de su huida.

Informado Hidalgo en la ciudad de Guanajuato sobre la captura de García Conde y preparando la toma de Querétaro, decide cambiar su rumbo al darse cuenta de la vía franca hacia Valladolid. El 10 de octubre salieron hacia Acámbaro el Coronel José Mariano Jiménez con tres mil hombres (la mayoría de ellos mal armados), llegando el día 13 para hospedarse en la casa de José Antonio Larrondo. En esta reunión, varios hacendados locales, entre ellos el hermano de Catalina, José Antonio Gómez, dueño de las haciendas de Andocutín, Munguía y Satumales, hicieron donaciones en efectivo y en especie a la causa insurgente.

Días más tarde, Miguel Hidalgo y su ejército pasaron por Acámbaro camino a Valladolid, ciudad que al darse cuenta de la cercanía del Cura, montó en pánico y vio cómo sus europeos y una gran cantidad de criollos huyeron por el temor de que ocurriera otra masacre como la de la Alhóndiga de Granaditas. Valladolid, hoy Morelia, se entregó sin mediar balas de por medio.

En ese mismo lugar, Miguel Hidalgo comenzó a concentrar el poder en sí mismo: recibió un nombramiento mayor al recibido en Celaya, pues ahora Hidalgo fue llamado Capitán General de la Nación Americana, que a pocos días, en Acámbaro, cambiaría por uno más suntuoso. Esto, sin duda, generó un sentimiento de asombro y claro enojo en Ignacio Allende, él sí, militar de carrera. Pero lo más importante, causó graves consecuencias en la incipiente campaña independentista pues las diferencias entre uno y otro, Hidalgo y Allende, se acrecentaron en grado superlativo.

El 19 de octubre, el Ejército Insurgente salió de Valladolid rumbo a la ciudad de México. En el camino, Hidalgo conoció a José María Morelos y Pavón, a quien envió a “levantar el sur”, y en particular, la aduana del puerto de Acapulco. Para desgracia del joven movimiento popular independentista, nunca más se volvieron a encontrar.

En Acámbaro, la población que simpatizaba con las huestes insurgentes sabía que el ejército del padre Hidalgo venía de regreso en camino hacia la capital de la Nueva España. El presbítero Ignacio Arévalo, que había participado en la Conspiración de 1809 en Valladolid, había regresado a tierras acambarenses como líder político de la comunidad. Él y otros tantos sacerdotes comprendieron la importancia de colocarse del lado de la mayoría y otorgar un caluroso recibimiento a la columna libertaria encabezada por el Cura de Dolores.

Quienes también se unieron al movimiento, fueron la mayoría de los hacendados al tener ante sí la oportunidad de colaborar con el movimiento social que en apenas unas pocas semanas, había logrado apoderarse de algunas de las ciudades más relevantes de la Intendencia de Guanajuato. “Siempre junto a las olas”, reflexionaron los dueños de haciendas. Por ello, y por la actuación del pueblo en apoyo a la causa independentista, Acámbaro se ganó las simpatías de los jefes del movimiento libertador, quienes anhelaban llegar cuanto antes a esta población.

- o -

El joven Joaquín Bermúdez, natural de Acámbaro, es un caso excepcional de entre los miles de indios, campesinos y simpatizantes que se unieron a la lucha de Miguel Hidalgo. Hijo de una de las familias hacendadas de mayor prosapia en la región, de inmediato, al conocer de la hazaña de libertad del pueblo mexicano, se enmarcó en un viaje desde la Hacienda de Obrajuelos, propiedad de su familia, hasta el pueblo de Acámbaro para esperar la llegada del libertador de la patria.

Había dejado su casa con el consiguiente enojo de sus padres, quienes veían en su hijo al siguiente líder comercial de la región entera. Sus progenitores le pedían encarecidamente que “no se dejará convencer por un hombre que a leguas anhela todo, menos el bienestar de sus semejantes”. Para su desgracia, el joven Bermúdez estaba decidido: acompañaría a Hidalgo, Allende y a los nuevos mexicanos en el camino de la libertad.

Pidió a una docena de sus sirvientes y amigos hacerle compañía en esta arriesgada campaña. Sus compañeros sabían del buen corazón del joven, pero temían que esta causa fuera sólo una llamarada de petate y en algún momento, pudieran perder su posición económica... e incluso la vida. No obstante, el

entusiasmo de Antonio Bermúdez contagió a sus camaradas y partieron con el ánimo desbordado hacia Acámbaro, donde encontrarían a los “libertadores de la nación americana”.

La llegada a Acámbaro del ejército de Miguel Hidalgo fue impresionante. A pesar de que los contingentes eran variopintos, pues cada familia llevaba animales, muebles e incluso recolectas de anteriores caminos, la llegada a Acámbaro fue un evento que se mantuvo presente en la memoria del joven Bermúdez hasta el último día de su existencia: a las siete de la noche, el conglomerado humano hacía presencia en la entrada del pueblo con la algarabía propia de un mundo de ochenta mil almas avanzando hacia el corazón mismo de la comunidad.

Las familias locales lanzaban flores a los líderes insurrectos, y pocos eran los que se atrevían a manifestar alguna señal de repudio o molestia. Los indios y las castas observaban a los militares con un encanto sin igual. Muchos de ellos decidieron, al instante, cuál era el siguiente paso que deberían dar: unirse al ejército libertario.

Esa noche del domingo 21 de octubre de 1810, en Acámbaro, las diferencias ideológicas entre Miguel Hidalgo e Ignacio Allende se volvieron irreconciliables. A la luz de un gigantesco candelabro y una docena de lámparas dispuestas a lo largo y ancho de un amplio salón, y departiendo comida y bebida con las familias locales quienes ofrecieron una cena en su honor, el Cura de Dolores afirmó a voz en cuello.

- En estos momentos la revolución de independencia es imposible de parar. Ya no podemos hablar de lealtad hacia Fernando VII... pues... ¿acaso no puede ser buen católico el que no está sometido al déspota español?

- ¡Señores, debemos defender el Reino en contra de las naciones extranjeras! – respondió Allende, tajante y con la animadversión manifiesta hacia el cura de Dolores - ¡la Patria está en peligro si no actuamos con lealtad!

- ¡Sí, mi caro amigo! Pero las naciones extranjeras son todas ellas iguales – respondió Hidalgo, quien sabía del amor que profesaba Allende por el Reino de España y claro está, por Fernando VII – porque es ineludible, querido General, que la patria es mucho más que un hombre...

- ¡Válgame! Por supuesto que sí... la patria debe ser un ente autónomo, que se valga por sí mismo para bien o para mal, pero esta lucha va encabezada a reponer la figura del Rey Fernando... considero inadecuado que a estas alturas

estemos discutiendo sobre el fondo y demos importancia sólo a la forma, Señor – Allende, circunspecto, recorrió con la mirada a cada uno de los presentes.

- Querido amigo, en este momento lo que importa es establecer un gobierno compuesto por representantes de cada pueblo de este reino que dicte leyes suaves y benéficas. Estos hombres gobernarán con la sapiencia de quien conoce las necesidades. Este gobierno será justo y dulce como nuestros padres, desterrarán la pobreza y acrecentarán el comercio y la industria a favor de cada familia nuestra – el enfoque social era fundamental para al padre Hidalgo, y mientras hablaba, observaba en el rostro de sus anfitriones la confirmación de sus ideales.

- Por supuesto, Señor... pero también es importante recordar que lo primero que debemos enfrentar es al enemigo Bonaparte – Allende, molesto ya por el alejamiento de Hidalgo de los objetivos iniciales de la lucha, no ocultó más su enojo.

Con este diálogo, quedaron claros los puntos de vista entre uno y otro caudillo. Por un lado, estaba la consideración revolucionaria e independentista de Miguel Hidalgo; en la antípoda, el carácter autonomista pero leal a la corona española de Ignacio Allende. Esta diferencia de ideales, que se dio en diversos puntos de la ruta independentista, llega a su punto neurálgico justo después de la Batalla de las Cruces, la primera gran derrota insurgente.

- 0 -

La mañana del 22 de octubre de 1810 en Acámbaro fue apoteósica. Los vítores y serpentinas con que los acambarenses arrojaron a Hidalgo, Allende y su gigantesco ejército les permitieron llevar a cabo un acto que hoy día sigue constituyendo punto relevante en la historia local de esta comunidad y orgullo para la república entera: la promoción de los Generales Libertadores y la Institución del Ejército Insurgente. El acta respectiva de esta fecha indica, “Se congregó toda la oficialidad de nuestro ejército grande americano en este cuartel general del pueblo de Acámbaro, con el fin de que adquiriera la organización de la que depende el triunfo de sus armas y la conducta arreglada de sus tropas”. No obstante, también es importante mencionar que tal reunión fue necesaria para saldar las diferencias que una noche antes se habían hecho públicas entre Hidalgo y Allende y que vistas a la distancia, constituyeron una de las razones del declive insurgente de la primera parte de la Guerra de Independencia.

Ese 22 de octubre de 1810, se nombró a Miguel Hidalgo de

Generalísimo; a Ignacio Allende de Capitán General y así sucesivamente al resto de sus oficiales. Los recién ascendidos se pusieron sus uniformes y divisas (que los hacendados simpatizantes habían mandado realizar en los obrajes locales), siendo el de Hidalgo un vestido azul con collarín, vuelta y solapa encarnada, con un bordado de labor muy menuda de plata y oro, un tahalí negro también bordado y todos los cabos dorados, con una imagen grande de Nuestra Señora de Guadalupe, de oro, colgada en el pecho.

El uniforme de Ignacio Allende, como Capitán General, era una chaqueta de paño azul con collarín, vuelta y solapa encarnada, galón de plata en todas las costuras y un cordón en cada hombro que dando vuelta en círculo, se juntaba por debajo del brazo con botón y borla colgando hasta medio muslo.

A todo el que presentaba mil hombres, lo hacían Coronel con un sueldo de tres pesos diarios. Antonio Bermúdez, quien llevaba sólo a doce hombres de su hacienda, al observar su interés por la causa y su facilidad para los números y las letras, lo hicieron Mariscal de Campo, con la facilidad de moverse por entre la tropa ya reunida y asistir a sus jefes inmediatos.

Mariano Jiménez, para entonces Teniente General, se acercó al joven Bermúdez y con la facilidad de palabra que le caracterizaba, le expresó, mientras la multitud se arremolinaba en torno al Ejército Insurgente, “es menester quitarse ya el rebozo: ha llegado el tiempo de la felicidad e independencia, y es menester verificarlo a lo Napoleón, marchando hacia la capital, a la capital”.

Antonio Bermúdez enmudeció ante el paso de los jefes del Ejército Insurgente quienes, bajo proclamas, avanzaban desde el ángulo noreste de la plaza cívica, cruzando las vallas humanas y llevados bajo palio hasta el altar mayor de la parroquia de San Francisco, donde se celebró una ceremonia religiosa de acción de gracias, un *tedéum*, que es un himno cristiano.

Al concluir el acto solemne, la plana mayor, montada a caballo, pasó revista a las tropas ya dispuestas en batallones formados en las calles y a las orillas de la zona habitada, en particular en los campos aledaños a la ribera izquierda del río Grande. Luego se colocaron sobre el monumental puente de piedra y desde allí dieron a conocer a las tropas los grados de sus jefes. El pueblo de Acámbaro respondió con júbilo al ser testigo privilegiado del nacimiento del ejército insurgente. Adornaron festivamente todos sus rincones y celebraron el acontecimiento con repiques de campana, bandas musicales,

banquetes, bailes, corridas de toros y salvas de artillería.

Ese día, en Acámbaro, Miguel Hidalgo, con un título que estaba muy por encima de autoridad española alguna, incluso la del Virrey, ordenó despachar el documento siguiente para conocimiento general de la Nueva España:

22 de Octubre de 1810.

Al Subdelegado de la Villa de León:

Los excelentísimos señores, Generalísimo de todas las ramas de América don Miguel Hidalgo y Capitán General don Ignacio Allende, me comunican desde su cuartel general de Acámbaro con fecha de 23 del corriente, lo que sigue:

Para conducirnos con el acierto posible en la gloriosa empresa que comenzamos, y hemos de continuar hasta perfeccionarla con la victoria o sellarla con la sangre que tan gloriosamente circula en nuestras venas, se congregó el día de ayer 22 del corriente toda la oficialidad de nuestro ejército grande americano, en este cuartel general del pueblo de Acámbaro, con el fin de que adquiriera la organización de que depende el triunfo de sus armas y la conducta arreglada de sus tropas.

Y todos los individuos que la componen, recomendables por su valor y patriotismo, me proclamaron Generalísimo de todas las de América; Capitán General al Excelentísimo señor Teniente General don Ignacio Allende; tenientes generales a los excelentísimos señores Mariscal don Juan de Aldama, Brigadier don Mariano Jiménez y Coronel don José Joaquín de Arias, y honorario al Excelentísimo señor Mariscal don Mariano Balleza; Mariscales de Campo a los señores Coroneles don Joaquín de Ocón, don José María Atanzivía, don José Antonio Martínez y don José Ignacio Martínez, suspendiendo los nombramientos de los señores brigadieres y coroneles hasta formar una idea completa del estado de nuestras fuerzas.

Así mismo, para no robar mi atención a los asuntos de guerra, se nombró por ministro de Policía y Buen Gobierno al Excelentísimo señor Secretario Lic. Don José María Chico, con quien deberán entenderse las representaciones ajenas a lo militar.

Todo lo que participo a usted para que con la eficacia que forma su carácter,

procure esparcir por la extensión de su provincia una instalación tan útil y premeditada, vínculo firme de nuestras esperanzas y testimonio irrefragable de nuestro celo por la empresa más justificada, cuyas dichas consecuencias serán la perpetuidad de nuestra Santa Religión Divina, la libertad de una Nación generosa, la abundancia apetecida, la paz amable, la...

Y lo comunico a usted y para su inteligencia y gobierno.

Dios guarde a usted muchos años.

Guanajuato, 24 de Octubre de 1810.

El intendente de la Provincia de Guanajuato, José Francisco Gómez.

- o -

El Ejército Insurgente salió de Acámbaro hacia la Ciudad de México a la mañana siguiente en el orden correspondiente: primero salió Miguel Hidalgo con la caballería, luego el Regimiento de Valladolid, después Ignacio Allende con el grueso del ejército y al final Aldama con los contingentes menos avezados.

En éstos iba Antonio Bermúdez quien, rodeado de la tropa, ostentaba orgulloso su nuevo uniforme. Cruzaron las comunidades cercanas a Acámbaro, llegando a Maravatío, lugar donde Ignacio Rayón regresó a las filas insurrectas después de su encomienda para levantar a favor de la independencia la región norte de Michoacán. Bermúdez se acercaba a la gente en Tepetongo, San Felipe del Obraje, Ixtlahuaca y Toluca, y en todos estos lugares invitaba a los jóvenes a unirse al ejército de Hidalgo.

En tanto, el virrey Francisco Xavier Venegas daba instrucciones al coronel Torcuato Trujillo para contener la avalancha. Al lado de Trujillo estaba Agustín de Iturbide, el futuro Dragón de Hierro, despiadado y sanguinario militar. Los insurgentes habían salido de Toluca y se dirigían a México por los pueblos de Metepec y Tianguistenco.

La mañana del 30 de octubre, ochenta mil insurgentes sin experiencia militar se enfrentaron a las fuerzas realistas en el Monte de las Cruces. La caballería insurgente era dirigida por Juan Aldama y estaba compuesta por los regimientos de Celaya, Pátzcuaro y Guanajuato. Aquí se encontraba Antonio

Bermúdez quien, durante las primeras horas del combate, y siempre del lado de Mariano Jiménez, embistieron al regimiento de Octavio Mendívil, quien de inmediato lanzó fuego con la artillería, barriendo filas enteras de soldados insurgentes.

Bermúdez sintió tres o cuatro ocasiones el viento producido por las ráfagas y vio caer a la mayoría de sus amigos de Obrajuelos. Fue entonces cuando se dio cuenta que el ejército de Miguel Hidalgo, a pesar de todo lo que se había dicho en Acámbaro, estaba muy lejos de ser garantía en la lucha: una gigantesca y mal organizada milicia vio cómo Agustín de Iturbide, con pocos hombres, pudo hacerles frente y detener el avance, aunque perdieron más de medio millar de militares, armas y municiones.

Cuando Allende se dio cuenta de lo endeble que resultaba la posición realista, cargó sobre Iturbide quien se retiró hacia la ciudad de México, esperando sin duda, la reacción final de los insurgentes. Sin embargo, Miguel Hidalgo se detuvo en Cuajimalpa y tras discutir acaloradamente con Allende, decidió retirarse del sitio la mañana del 2 de noviembre de 1810.

Antonio Bermúdez, solitario, vio pasar a Juan Aldama y a Mariano Jiménez lanzando vituperios en contra de Hidalgo. Lo menos que escuchó de sus bocas fue, “el bribón del Cura”. En ese momento, el maltrecho joven acambarense, al vislumbrar el horizonte repleto de cuerpos sin vida, al mirar a su alrededor y encontrar ningún alma como la suya, supo que algo había cambiado en ese ejército que ahora, sin razón alguna, le parecía inexistente; se dio cuenta que la ideología que lo había llevado a unirse a estos hombres se estaba desvaneciendo tan pronto como había llegado. Su corazón se sintió oprimido y no pudo, por más que quiso, aguantar las lágrimas que recorrieron su ajado rostro.

- o -

A mediados del mes de noviembre, junto al Capitán General del Ejército Insurgente, Ignacio Allende, cabalgaba un ser que en pocos días había cambiado de joven idealista a hombre derrotado. Llevaba la mirada fija en el terreno, soportando tras de sí el desánimo que se había apoderado del ejército insurgente; arrastrando a cuestas la contrariedad que les envolvía el corazón a todos aquellos quienes sobrevivieron la batalla de Aculco.

Este ser se dio cuenta que, tras pocos días fuera de su tierra, todo había cambiado. Mientras dejaba atrás el pueblo de Acámbaro, Antonio Bermúdez se fue alejando de la columna principal del ejército libertador. A poca distancia de Obrajuelos, se había rezagado lo suficiente para, en un arrebató decisivo, abandonar para siempre, la insurrección novohispana.

- 0 -

La guerra de independencia vino a trastocar los órdenes diversos de la sociedad del Bajío. En Acámbaro, los hacendados otorgaron su apoyo decidido a la causa insurgente. Muchos de sus hijos, incluso, fueron en campaña con el ejército de Miguel Hidalgo. Pero el grueso de la población acambarensé que salió aquel 22 de octubre de 1810 enfilando rumbo a la ciudad de México, nunca regresó.

A mediados del mes de noviembre de 1811, la producción agrícola en Acámbaro había decaído en grado sumo. Muchos de los hacendados que habían otorgado recursos económicos y en especie, vieron menguada su producción de granos e incluso mencionaban que poco menos de la tercer parte de lo que se podía producir, se estaba cultivando. Una gran cantidad de tierras estaban abandonadas. Las haciendas iban en picada...

Treinta años más tarde, mientras los cabildos guanajuatenses comenzaban a ser parte fundamental de la nueva administración política, aquel hombre que había dejado las filas del Ejército Grande de América, recibía en sus manos el destino de su pueblo, Acámbaro.

Antonio Bermúdez, el joven idealista que luchó junto a Hidalgo y Allende en su camino hacia la capital de la Nueva España, recibía el nombramiento de líder político de la tierra que lo vio nacer. Mientras se declaraba su puesto en el cabildo local, Antonio Bermúdez metió su mano entre las elegantes ropas que portaba y acarició la imagen labrada en oro de la Virgen de Guadalupe que había recogido después de la sangrienta lucha en el Cerro de las Cruces.

Recordó a sus padres, ya fallecidos, y mientras se escuchaba el nombramiento que lo identificaba como líder del cabildo acambarensé, respiró profundamente al visualizar con nitidez a los héroes independistas cruzando la plaza principal de Acámbaro en medio de la algarabía del pueblo.

Recordó cómo los héroes habían hecho presencia en Acámbaro y cómo la gente se había volcado en favor de la libertad. Cerró los ojos y la terrible imagen de las cabezas de los iniciadores de la revolución de independencia colgando en la Alhóndiga de Granaditas le retumbó en el alma.

Recordó de nuevo a sus amigos muertos en combate y su corazón palpitó con mayor fuerza. Volvió la mirada al presente para derramar un par de lágrimas.

Todos los presentes creyeron que lloraba de felicidad.

Entre dinosaurios te verás...

Por Ximena Quintana

Esta podría ser la frase que defina el futuro de un sitio que nació como parte de un esfuerzo de visionarios, de tipos involucrados con el cariño, con el amor por su tierra y que sin importar lo que venga adelante o lo que se diga entre líneas, lograron obtener el apoyo de las autoridades para recuperar un espacio para la cultura, que es, sin duda, la más loable de sus justificaciones: sin importar qué tan veraz sea el tema que ahí se expone, hoy el Museo “Waldemar Julsrud” es un sitio para explorar un tema controversial pero igualmente ilustrativo de cuándo la ciencia debe doblegar su rigor científico para estar acorde con el sentir de toda una comunidad.

Durante la visita realizada a la tierra de nuestros quereres para adentrarnos en el tema y difundir el interés por este museo *sui generis*, nos encontramos con una infinidad de desviaciones y personajes que expresaban sus propias conjeturas sobre lo ocurrido al comerciante alemán que otorga nombre al Museo. Algunos de los personajes se referían a él como el “loco alemán”, en tanto otros lo recordaban con cierto cariño e incluso lo etiquetaban como “científico” o “profesor”. La mayoría de nuestros coterráneos afirmó que antes de que apareciera el libro del alemán, conocido como “Enigmas del pasado”, el comerciante se había transformado en un ser excéntrico y repleto de manías que sin duda, lo llevaron a imaginar y conjeturar muchas de las afirmaciones que en su libro aparecieron.

Durante la lectura de “Enigmas del pasado”, uno puede encontrar hipótesis propias de quien ha estado en contacto con imágenes y presencias irreales, y que como consecuencia de ellos, ha ido forjando en su mente una clara muestra de lo que de ahí en adelante será el proceso de confirmación de su propia teoría y que claro está, lo ha convencido y le permite intentar convencer a todos a su alrededor de lo que con tanta paciencia ha erigido.

Julsrud, como buen germano, creó su propio mundo y en él se refugió ante la difícil realidad que lo envolvía. Quizá la mayor de sus falacias era la de que Acámbaro fue, precisamente, el hogar elegido por los habitantes de la Atlántida para conservar los cientos de figurillas moldeadas por las manos de este mítico pueblo (esta afirmación hace juego con otra, de semejante calado,

expresada por otro personaje acambareño, éste sí, todavía con vida: Heriberto Silva afirma que Quetzalcóatl nació y murió seis veces en el Cerro del Chivo, por lo que, como corolario, establece el origen del pueblo mexicano aquí, en nuestra tierra). El que sean los Atlantes quienes moldearon las figurillas de Acámbaro nos permite imaginar que buena parte de los pensamientos de Julsrud se nutrieron de sus lecturas de los clásicos que tanto gustaba de leer y releer. No en vano, algunos autores que han realizado investigación sobre las “figurillas de Acámbaro” han equiparado el mundo creado por Waldemar Julsrud con la cosmogonía generada por Howard Phillips Lovecraft, el norteamericano que dio vida a “Los Mitos de Cthulhu” y quien reformó de manera total el género del terror al apartarse de los temas clásicos de fantasmas y demonios para incorporar elementos fundamentados en la ciencia ficción en la mayoría de sus relatos.

La historia que da sustento a la erección del Museo “Waldemar Julsrud” aparece en el año 1944, cuando el comerciante alemán, arqueólogo aficionado, descubrió en las faldas del Cerro del Toro, el cual da cobijo a la cabecera municipal, una serie de figuras de cerámica que no tenían parangón alguno entre las piezas de cualquier cultura conocida (de hecho, tales piezas estaban muy lejos de la cerámica generada por la cultura Chupícuaro, la cual sí es aceptada y difundida como una de las culturas más relevantes de la sociedad prehispánica). A pesar de ser el área de Acámbaro un nutrido espacio de emplazamientos arqueológicos en donde Julsrud tuvo oportunidad de sustentarse para generar una teoría mas consistente, debemos aceptar que sus ideas al día de hoy, siguen estando entre el límite de la imaginación, pues una vez que se encontró las piezas que dieron origen a su colección, nunca más se apartó de la firme idea de que el hombre fue contemporáneo de los dinosaurios.

Para los habitantes de Acámbaro, y en particular, para quienes alguna ocasión visitamos el cerro del Toro o el Cerro del Chivo, no es difícil imaginar la sensación que invadió al alemán una vez que se topó de frente con las figurillas de barro: mientras caminabas por las veredas o senderos de los cerros que rodean nuestra tierra, podías levantar sin problema alguno una pata, un rostro o incluso una pieza entera de cerámica que resaltaba o se encontraba enterrada a pocos centímetros de la superficie.

Esto es, tal vez, la razón por la cual los acambareños nos sentimos tan identificados con el sentimiento de Julsrud al tener entre sus manos las figurillas que dieron origen a su colección: cientos de familias acambareñas

poseen algún recuerdo proveniente de la tierra misma que hace miles de años vio nacer a Chupicuaros, Otomíes, Chichimecas, Mazahuas y Purépechas.

Con la astucia propia de un negociante, Julsrud contrató a un campesino a quien indicó que por cada figura completa que le entregara, le pagaría un peso. Aquí inicia la controversia, puesto que el jornalero, de apellido Tinajero, entregó al comerciante europeo diversidad de figuras representando hombres y animales hasta llegar a los inesperados dinosaurios de diversos tamaños. Destaca el hecho de que entre los dinosaurios recibidos por Julsrud, algunos de ellos no eran conocidos por la ciencia en tan lejano año, la década de los años cuarenta del siglo pasado (es necesario recalcar a favor de la colección que no existe una sola figurilla que sea igual, vamos, incluso semejante a otra): *“el branquiosaurio, un dinosaurio conocido únicamente por la comunidad científica y que vivió en el este de África y el norte de América, tuvo en la figura de Acámbaro su más fina representación”*, afirmó Ivan Sanderson, científico norteamericano, en el año 1955 y la reproducimos a continuación:

“Esta figurilla es muy fina, de color negro azabache, es una cerámica muy brillante. Tiene aproximadamente un pie de altura. El punto es que es una representación absolutamente perfecta del Branquiosaurio, conocido sólo de las excavaciones en África oriental y América del Norte. Hay una serie de esbozos de los esqueletos en la literatura estándar, pero sólo uno de carne y hueso puede generar la reconstrucción tan fina y detallada que he visto en esa reproducción. Esto es exactamente como era”.

El aficionado arqueólogo alemán, con un ánimo exacerbado por el descubrimiento, comenzó a emitir teorías que radicalmente cambiaban la historia hasta entonces conocida y que bien podría ser hoy tema de discusión universal. De hecho, dejó entrever la posibilidad de que tales figuras provenían de una cultura mucho más antigua que las culturas prehispánicas conocidas: debido a la cantidad de figurillas, todas ellas “cocidas” al aire libre, debe suponerse que el área de Acámbaro estuvo poblada por un denso bosque (lo cual es lógico, pues de ahí se obtuvo la madera necesaria para el cocimiento de las figurillas). “Hace cinco o seis mil años, este lugar era un inmenso lago”, afirmó Julsrud, “y los objetos estuvieron enterrados en la playa, bajo la arena. La fauna, plantas, árboles y flores de este arte, representan el medio en el que vivían”.

El descubrimiento de Julsrud no tuvo la aceptación que esperaba. De

ahí que el comerciante alemán se haya decidido a publicar el libro anteriormente mencionado, “Enigmas del Pasado”, donde presenta la teoría de que la colección de figuras y artefactos fue enterrada por un pueblo que experimentó catástrofes colosales. Sin embargo, la teoría más impactante y que originó respuestas y definiciones de “charlatanería” de parte de la comunidad científica, fue aquella que estableció “que el hombre y los dinosaurios fueron contemporáneos”: la colección Julsrud presenta animales que vivieron en la Era del Hielo, además de muestras cerámicas de seres del Pleistoceno. Lo anterior, coincidentemente, concuerda con el resultado arrojado por algunas muestras de dientes encontradas en la excavación que fueron analizadas e identificadas por George Gaylord, paleontólogo en jefe del Museo Americano de Historia Natural, donde establece que tales piezas provenían de un extinto caballo que vivió en la Era de Hielo (el llamado “*Equus Conversidens*”). Esta afirmación se realizó también en el año 1955.

- o -

En el año 1950, un reportero sensacionalista norteamericano, Lowel Harper, fotografió a Waldemar Julsrud extrayendo piezas de los terrenos en la base del Cerro del Toro. Tales gráficas atrajeron la atención de diversos medios, entre ellos la de un periódico angelino que envió al reportero William Russell para ser testigo de las excavaciones y a través del periódico que difundió las fotografías del alemán, llegó al escritorio de un grupo más especializado de investigadores: aparece en escena Charles Dipeso, de la Fundación Amerind, quien examina la colección Julsrud en junio de 1952 para afirmar que “la colección es una charada, puesto que una familia entera se dedica a crear tales figuras”.

Esta aseveración originó que la comunidad acambarensense se uniera a favor de Julsrud y se realizaran diversidad de acciones si no para sustentar la teoría del alemán, sí para refutar la aseveración de Dipeso. Fue tan profundo el sentimiento social acambarensense, que en 1954, Eduardo Noguera, Director de Monumentos Prehispánicos del Instituto Nacional de Antropología e Historia, llevó a cabo una investigación en el área del Cerro del Toro junto a otros científicos de la misma institución. Seleccionaron un sitio nunca antes excavado y después de pocas horas, encontraron diversas figuras que tras ser minuciosamente analizadas, fueron declaradas por Noguera y su gente como “descubrimiento excepcional”.

No obstante, un mes después, el mismo Noguera estableció en su reporte final: “dejando a un lado la legalidad científica con que tales objetos fueron encontrados, se trata de una reproducción y hasta falsificación realizada en fechas recientes... se intenta reproducir animales extintos hace millones de años... los creadores de estos objetos se inspiraron en libros de paleontología de finales de siglo pasado o inicios del presente”, respuesta sumamente fútil si se toma en consideración que Acámbaro no era un centro urbano de primer mundo donde se tuviera acceso a documentos científicos de avanzada en las fechas que referimos (incluso no existía una biblioteca pública que pudiera haber servido de fuente de inspiración para nuestros finos artesanos... a menos que el propio Julsrud haya tenido entre sus publicaciones imágenes de los saurios moldeados).

En el verano de 1955, Charles Hapgood, Profesor de Historia y Antropología de New Hampshire, realizó investigaciones tendientes a dar soporte científico a la colección Julsrud. Hapgood realizó una excavación debajo de una casa construida en 1930, mucho antes de las excavaciones de Tinajero en la base del Cerro del Toro, encontrando diversos objetos del tipo *Julsrud*: “de esta manera, hay muchas cosas que deben explicarse a la luz de la ciencia y no sólo por intentar mantener una reputación”, afirmó el Profesor a favor de la colección y en clara alusión a las instituciones y académicos que evitaron meterse en problemas al lidiar con el tema de los dinosaurios.

En 1968, Hapgood obtuvo muestras de la colección y las envió a un laboratorio en New Jersey para ser analizadas por el método de Carbono 14. Las pruebas fueron contundentes:

Muestra I	(3842) 3590 ± 100 (c. 1640 a. C.)
Muestra II	(4015) 6480 ± 100 (c. 4530 a. C.)
Muestra III	(4031) 3060 ± 100 (c. 1110 a. C.)

Las fechas que indican 4,500 años antes de Cristo, encontradas en la cerámica, otorgarían a la colección Julsrud el título de la más antigua en el hemisferio occidental. En apoyo a lo anterior, otra prueba realizada en la Universidad de Pennsylvania, realizada en 1972, encontró fechas de hasta 2,700 años antes de Cristo a través del método de termo luminiscencia. Sin embargo, la institución se negó a reconocer tal fecha debido a que sería la primera institución “seria” en reconocer la presencia de dinosaurios. No obstante, otro laboratorio independiente, el DNA Laboratory Services,

determinó que las piezas analizadas tenían poco más de 2 mil años de antigüedad, situación que confirmó la Universidad Estatal de Ohio, aunque al darse cuenta que lo analizado y cuantificado eran piezas de la colección Julsrud, guardaron un inquietante silencio.

Lo anterior se convirtió en un enigma mundial cuando en 1997, durante el programa “Los Misteriosos Orígenes del Hombre”, de la cadena televisiva NBC, se despotricó en contra de la colección: dos muestras enviadas a un laboratorio independiente para llevar a cabo la prueba de Carbono 14, entregaron los resultados siguientes: la figura humana arrojó un resultado de cuatro mil años, en tanto que la figura del dinosaurio dio un resultado de mil quinientos años de antigüedad. “Sin duda, el resultado del dinosaurio no es creíble”, afirmó el presentador.

Ese mismo año, en un programa japonés llamado “¿Los antepasados vieron dinosaurios?”, el narrador muestra la exactitud en talla y color de las figuras Julsrud comparándolas con los dinosaurios de hace cuatro mil quinientos años. “Esta gente tuvo que haber visto dinosaurios pues no es suficiente ver los esqueletos en el suelo para imaginarlos y retratarlos con tanta certeza”, estableció el locutor nipón.

En 1999, Dennis Swift y Don. R. Patton estuvieron en Acámbaro y analizaron con detalle la colección, llegando al clímax cuando ambos tuvieron ante sí la representación de un iguanodonte, el cual, en la década de los cuarenta, no era siquiera conocido en el ámbito científico mundial.

El Museo “Waldemar Julsrud” retrata hoy toda la historia que se encuentra detrás de este comerciante, arqueólogo y escritor alemán que por casualidad encontró esas figurillas que le han dado vuelta al mundo y colocado el nombre de Acámbaro en la lista de sitios “mágicos e inexplorados” entre los buscadores de enigmas.

Por sí mismo, constituye una buena razón para visitar el sur del Estado de Guanajuato y coincidir con estos aventureros amantes de “lo desconocido” que a unos pocos años de su inauguración, ha permitido que cientos de seres humanos se planteen la incógnita que dio vida al Museo: ¿los hombres, plantas, animales y dinosaurios vivieron juntos en las llanuras húmedas de Acámbaro hace más de cuatro mil quinientos años?

Desgraciadamente y como consecuencia de lo absurdo que resulta la cultura para los políticos modernos, el Museo “Waldemar Julsrud” posee pocos incentivos de parte de la burocracia cultural en sus diversos ámbitos para mejorar sustancialmente la infraestructura que actualmente posee (en una reciente visita al lugar para inaugurar un espacio bibliotecario, el jefazo de la cultura en Guanajuato “regañó” a los encargados del sitio, esgrimiendo la espada flamígera del ninguneo: “¡esto no parece un museo!” Tal bravuconada se le revierte al susodicho político al recordarle que existe un Director Estatal de Museos en su nómina. ¿Sabrá acaso éste ínclito burócrata que el Museo “Waldemar Julsrud” se encuentra en Acámbaro?).

Mientras los funcionarios culturales no abran sus ojos y mente para enfrentar a las miles de estatuillas aquí mostradas, no podemos esperar la evolución de este excepcional espacio. Porque mientras los “mandamases” de la cultura en México sigan pensando que Museos como estos no contribuyen a enriquecer el quehacer cotidiano de la sociedad, no habrá forma de transformar esta vena propia de los acambarenses en un patrimonio de los mexicanos.

Lanzo nuevamente la invitación para que, como indica el título de esta colaboración, visite Acámbaro y juntos, “entre dinosaurios nos veamos”, en el Museo “Waldemar Julsrud”.

Alientos y Aromas de Vida

José Loeza López
Acámbaro, Gto.

El presente trabajo no intenta ser un estudio especializado sobre el origen, tradición y elaboración del Pan Grande en la ciudad de Acámbaro. Pero sí pretende promover el conocimiento de una historia que tiene una visión presencial de lo más profundo de un corazón que nació, como dicen en el lenguaje del trabajador del pan, “en el polvo que elabora cada pieza”; pretende también, compartir la herencia de tres generaciones entregadas a servir nuestras mesas con el pan que fortalece nuestras vidas con su energía.

Este trabajo aporta elementos cercanos a la cultura de nuestro pueblo y formula un planteamiento que propone se reconozca y otorgue el lugar que corresponde a los obreros, quienes como artistas, elaboran verdaderas artesanías teniendo al pan como culminación de cada obra.

Iniciemos nuestro periplo y remontémonos unos años atrás, al Acámbaro previo a la modernización, cualquier cosa que esto signifique (aunque esta escena podría ser la misma de lo que sigue ocurriendo en muchas de las casas de las familias dedicadas a este arte).

Acámbaro es un lugar que tiene un clima lleno de frescura y calidez. El olor silvestre anuncia el amanecer del pueblo. Sus calles trazadas con gran exactitud se permean de ricos olores entremezclados conforme avanza el día. Inicia así el trajín cotidiano y la actividad llena de vida en la ciudad y comunidades que conforman el municipio.

Por otra parte, la leña, casi en la madrugada, ya se alientan los fogones, llegan a casa las siluetas de rebozo y largas *enaguas* que rompieron la oscuridad del amanecer para iniciar un nuevo día con la preparación del “*itacate*”.

En ciertos lugares se arremolinan grupos de hombres con curiosas herramientas y vestimentas; entre ellas: “*hojas de sajar*”, “*alpargatas*” y “*patíos*”. Los trabajadores esperan la oportunidad de ingresar a la *Tahona*. Preparados para iniciar la jornada, habrán de transformar las grandes porciones

de masa. Mezcla de harina, grasa, levadura, huevo, azúcar y sal, en piezas que deberán ser cocidas especialmente para degustar en la mesa familiar.

Por otra parte, los puestos del mercadito, establecido en el espacio ocupado hoy por la Plazuela Hidalgo, inician con la movilización de sus mercancías; la limpieza y acomodo de la estantería para esperar los productos que darán fortaleza a los hombres y mujeres para las labores cotidianas. ¡Sí, efectivamente! Estamos ante la aromática y esplendida pieza de pan.

En los pequeños pero limpiísimos locales, se expende el arroz con leche, el café, chocolate, maicenas de sabores y atole. Todos estos alimentos esperan al invitado de honor, el pan. No faltará tampoco el desvelado que pida su “**Chorreado**” (café con leche y un toque de algún vinito) o el clásico menudo.

Nuestro mosaico de colores e identidades en el municipio abre sus brazos a las no menos coloridas y flamantes formas de las distintas variedades y figuras del tradicional pan grande de este lugar de magueyes, Acámbaro.

En la década de los cincuenta se presentó un cambio radical en la historia de la panadería en nuestro querido Acámbaro. Antes de esta fecha y por muchos años se ha hecho pan de diferentes tamaños, formas, colores y sabores. El pan que se trasladaba de los lugares vecinos incrementó la variedad y por la característica del transporte de ese tiempo, se denominó “**Pan de carreta**” o como se le conoce en el gremio panadero, pan de migajón.

Nuestros ancestros de ese tiempo heredaron de los más antiguos señores y dueños de estos territorios, de la cultura Purépecha, la fermentación de masas de maíz y sus combinaciones con otras harinas con un producto natural eficiente, el pulque.

Con este proceso de preparación, a nuestras comunidades llegaba de un lugar cercano a Zinapécuaro, Michoacán, un producto de panadería con sabor agri dulce, mezcla de harina y azúcar fermentada con pulque de maguey. Este producto será reconocido como el pan de “Bocaneo” (por la comunidad del mismo nombre del vecino estado de Michoacán). Señoras y señores, en ese preciso instante ¡aparecía el ancestro del Pan Grande de Acámbaro!

La creatividad, ingenio y amor a la labor realizada en los amasijos por parte de los artesanos del pan en Acámbaro, detonó de pronto en una serie de

esfuerzos por mejorar y ampliar la gama de productos posibles al elaborar no solo el pan tradicional, sino verdaderas creaciones de panes de mayor tamaño, logrando especímenes de volúmenes nunca antes imaginados.

La naturaleza, siempre aliada del ser humano, proporcionaba hasta la década de los sesentas los conservadores propios para el pan grande de nuestro pueblo. Los “*Tambaches*” (envoltorios) de varias piezas de pan “*apiladas*” eran integradas y protegidas en hojas de plátano, tratadas y humectadas previamente para mantener las piezas de pan en buen estado por varios días. Este hecho aventajaba a otros productos similares por su calidad, bajo costo y duración en buen estado para su consumo. Se inicia una demanda que ameritaba cambios en la producción tradicional. Esta simbiosis entre el pan y la naturaleza sufriría pronto otra transformación fatal, la ya mencionada modernidad.

Los métodos de conservación se transformarán también con la llegada del plástico. Éste se empleará para sustituir las hojas naturales de plátano en la envoltura, las cuales, además, comenzaban a escasear: cada vez era más difícil su adquisición y procesamiento. El plástico daba una buena presentación (una buena vista) y su empleo era de fácil y rápida acción en cada pieza producida. Se sacrificaban las condiciones naturales por la mercadotecnia... la demanda crecía. Muchas veces nos preguntamos, ¿habrá valido la pena?

En estos tiempos, se funden los talentos y desarrollo de otros elementos técnicos, mismos que van a revolucionar la industria del pan en nuestra comunidad. La transformación de los hornos “*Calabaceros*” dará paso a las primeras modificaciones producidas por la llegada del diesel, combustible que de ahora en adelante tiene la misión de dar el calor suficiente para que tenga mejor presentación el producto panadero al final del proceso. Posiblemente en este momento se inicia la pérdida de la identidad y esencia original, pues el olor y sabor producido por la leña en el cocimiento del pan y el horneado tradicional no aparecerá más en los productos terminados acambarenses.

El Pan Grande de Acámbaro expresa el arte de los panaderos en virtud de que cada diseño contiene el sentimiento que une el espíritu del trabajador y el amor a su trabajo para crear un satisfactor que es energía y vida.

El arte, pareciera que está destinado sólo a grandes pensadores. El panadero nos demuestra que la artesanía sublimada no puede ser desdeñada por

el arte. Esta evidencia está cotidianamente presente en las mesas de nuestros hogares.

Debemos decir también que los alimentos entrelazan una comunicación especial por medio de sus formas, colores, olores y texturas. El Pan Grande de Acámbaro cumple con este principio al conocer la nominación dada por los creadores a cada pieza elaborada.

La primera forma que inicia la transformación y mejoría en el Pan Grande de nuestro pueblo será ***El Pan Tallado***, así, con mayúsculas. A la fecha, el Tallado es uno de los productos más conocidos y solicitados por la clientela conocedora de su calidad. Será este caso el parteaguas que no permitirá retorno a las antiguas formas de elaboración del pan. Con base en el producto reconocido y ya presentado El Pan de Bocaneo (Michoacán), los panaderos acambarenses, cambiando los procesos de elaboración por la acción de mezclado y amasado (tallado) con sus manos habrán de dar nombre y apellido al naciente ***Pan Grande Tallado*** y posteriormente ***El Pan Tallado Especial*** (con mayor cantidad de yema de huevo). A partir de este momento se inicia el diálogo permanente entre el producto y las características y necesidades sociales del pueblo. Por ello no tarda en llegar la representación de los primeros trabajadores del campo, mismos que serán dignos portadores de la distribución del producto de esta industria que nace y se fortalece.

El Pan Grande Ranchero, refleja en su estructura varios cortes y en el centro se diseña la analogía de un sombrero, típico de nuestros campesinos. El color de esta pieza se semeja al color de maíz, reflejo de la piel quemada por el sol y el trabajo en la parcela del trabajador del campo.

El Pan Grande Picón, famoso porque representa en la diaria convivencia, en esencia, la dualidad masculina y femenina por su trenza entreverada y su forma alargada. Es por demás decir que el humor y el doble sentido de la idiosincrasia del mexicano se refleja en la expresión del nombre y como “***chusca***” invitación se puede decir: ¿Quieres un picón?

Por otra parte, podemos decir que el pan grande de Acámbaro es un “***Grano de a Libra***”, hablando de alimentos, ya que afortunadamente es un producto que nació natural, se mantiene natural y hemos de defender que así permanezca. Esta virtud está respaldada principalmente por los elementos naturales que lo integran, es decir, no contiene productos químicos artificiales

que afecten la salud, a pesar que el mercado actual está lleno de ofertas de este tipo.

Ya para los años setenta aproximadamente, la llegada de los hornos continuos permitirá elevar la productividad y eficiencia en la venta y distribución del rico producto mejorado con la integración de nuevas mezclas con huevo y la clara de éste para dar otra imagen en su presentación y textura.

La maquinaria pesada (Mezcladoras y molinillas, principalmente) importada en primera estancia por los medianos productores en la ciudad, redondearán la naciente industria que se fortalecía en grado superlativo, permitiendo ofrecer calidad, peso y precio accesible a una gran variedad de consumidores.

La organización “*sui géneris*” del industrial del pan en nuestro municipio, dista mucho de las propuestas modernas de producción. La familia es el bastión del trabajo común y distribución de las tareas cotidianas en la producción, distribución y venta del Pan Grande. Los patrones serán los mismos obreros, en algunos casos, en otros será el jefe de familia. Los trabajadores podrán ser los hijos y parientes o los vecinos de la comunidad. La cordialidad y respeto por la labor desarrolla relaciones de enseñanza y maestría entre sí. Se respeta la jerarquía del conocimiento y se comparte la humildad en la transmisión del arte del pan.

“Hacer” es la palabra clave para ser aventajado en los procesos de elaboración del pan y con ello ganar, con paciencia, esfuerzo y tiempo, el título de “*Maestro*” u oficial en el gremio. Las manos y talento requieren del capricho del ambiente natural: el agua, el clima, los tiempos de fermentación y el fuego para la cocción determinan el final feliz del proceso de un buen producto; de no ser así, éste no saldrá al mercado, habrá de procesarse nuevamente, pero, ya sea de una forma u otra, la persistencia finalmente logra su propósito. El cliente disfrutará del manjar esperado.

Llegaron los años ochenta, el ferrocarril, como transporte popular por excelencia y símbolo de la gran transformación que inició en el año de 1910 y que no acaba de consolidarse, sí, esa Revolución Mexicana que todavía no hace justicia a millones de mexicanos, fortaleció el traslado de empaques diversos de pan a un costo muy bajo (Express, carga, equipaje, fletes) comercializado por diferentes personas emprendedoras primero dentro del país, después hacia

la frontera norte, llegando el día de hoy hasta los Estados Unidos de Norteamérica.

Todo parecía favorecer el desarrollo integral de la industria de la panificación en Acámbaro. Los propietarios se organizaban y hacían propuestas para favorecer el mercado, defender los empleos, mismos que ellos conocían y habían iniciado en sus inicios. Ya se avizoraban organizaciones que pretendían integrarlos para mejorar los aspectos técnicos administrativos, o al menos eso argumentaban los representantes de la iniciativa privada y del gobierno: La Cámara de Comercio, La Cámara de la Industria y Transformación, La Secretaría de Industria y Comercio y La Secretaría de Salud y otros tipos de instituciones bancarias y de financiamiento.

Todos estos organismos que aparentemente proyectarían el desarrollo industrial de los productores de pan de nuestra ciudad, finalmente solamente vinieron a ser una carga onerosa, simplemente porque los únicos que conocen la forma familiar de administración, el desarrollo tradicional y origen de los procesos de la panificación en el pan grande, son los acambarenses.

Los famosos apoyos nunca llegaron. Sí tuvo gran presencia la corrupción, la carga en dádivas y la creación de reglas, regulaciones y obstáculos para obtener de la manera más simple el ingreso, las cuotas y dividendos para, dizque, las instituciones y personas especializadas en el ramo, “**sangrando**” y haciendo tambalear una de las fuentes de empleo prioritarias en el municipio: la panificación.

No obstante, en los noventa, llega el cambio generacional. Las manos y talentos jóvenes ponen en marcha estrategias de defensa con organización para coordinar esfuerzos, proyectando éstos, en aras de rescatar el patrimonio heredado de nuestros ancestros. Fue un proceso difícil, ya que la variedad, calidad, tamaños y precio en un principio, se regulaba por la demanda y venta de los productos que se expendían. Cabe destacar que, además de las condiciones del mercado, un principio que regía el comercio del pan era el respeto mutuo y el acuerdo que se validaba sabiamente con **La Palabra**. Hoy las reglas y condiciones de comercio distan mucho de aquel principio de honor y honestidad. Qué lástima.

Por esas fechas, con los cambios que se daban y las condicionantes impuestas por las instituciones, no faltó “**aquel amigo**” de la oportunidad, que

llegando de otros lares, pensara que en manos de los jóvenes los valores fundamentales de la panificación tenían un futuro incierto: las recetas, marcas, mercado, infraestructura y ganancias no tenían futuro en manos inexpertas.

Por ello, era necesario diversificar las formas y estrategias viejas por nuevas ideas de “**Progreso**”. La idea llegó del extranjero, creyendo que todavía nos deslumbrarían con espejitos por oro. Se organizó todo un teatro, se alentaba a los dueños de las panificadoras para que se contrataran especialistas para analizar aguas, clima, terreno y mil cosas más, buscando “**La Denominación de Origen**”.

Nada más falso que eso: el rumbo real era la monopolización de la industria del Pan Grande de Acámbaro, misma que, de lograr el engaño, acabaría en manos de grandes empresarios de aquí o foráneos con el único interés de obtener dinero de la explotación de la industria establecida. Finalmente, y por fortuna, el trago amargo pasó. Algunos pagaron las consecuencias. Conociendo sobre la elaboración del pan o no, hoy sólo viven del recuerdo, pero viven. No cabe duda que la industria del pan es noble.

El trabajador del pan no traicionó ni dio tregua para entregar sus secretos. Las nuevas reglas afectarían su desempeño y le arrebatan lo más importante en su labor: la creatividad y su arte. Ahora sería un apéndice más de las máquinas modernas. Por la defensa a los principios de dignidad, el panadero ha evitado que personas sin escrúpulos vengan, con intereses oscuros, a pisotear nuestra historia y tradición. Debemos felicitarnos por ello. Hoy la Panificación, en especial la de Pan Grande en Acámbaro, se debe a la organización, principios y orgullo de todos los integrantes del gremio.

En los noventa, se inicia un repunte en la economía de nuestro país. El despertar fue doloroso: devaluaciones, créditos casi inaccesibles, fracasos bancarios y quiebras de cajas de ahorro, el tratado de libre comercio, etcétera y más etcétera. Pero se avanzaba. La distribución buscó otros derroteros, se aprendió de las experiencias de abrir caminos, tocar puertas y legitimar derechos en lo referente al trámite que con engaños se pretendía. Estas estrategias permitieron integrar maquinaria moderna, equipar vehículos, buscar mercados nuevos y formas diversas de comerciar.

Los nuevos panaderos recrearon su talento y nacieron productos novedosos: “Acambarita”, “Volcanes”, “Granadas”, “El picón relleno”, “Los

cocodrilos” y otros más en diversos tipos de pan. Todo marchaba favorablemente pues aumentaron las “**tahonas**”; la gente se unía y trabajaba con esmero, pero, siempre hay un pero, cuando el trabajador progresa aparece la recesión económica, se devalúa la moneda y se escasearon las materias primas para elevar los costos.

Para colmo, para el año dos mil, Acámbaro pierde su baluarte histórico y orgullo nacional: Los Ferrocarriles Nacionales, en el ámbito general, y en el caso de Acámbaro, los talleres y oficinas de esta importante empresa nacional, fuente de empleo y sustento de la región de cientos de familias. Este hecho, aparte de su impacto en el ingreso económico de la población, también afectó el traslado de muchos productos naturales y artesanías de esta zona comercial a otros mercados. Entre estas afectaciones, claro está, se encuentra el Pan Grande de Acámbaro, el cual casi sufrió un golpe mortal.

Esta industria perdió su principal medio de transporte y comercialización. Se intentó buscar un respiro por medio de las líneas de autobuses pero los abusos de los cobradores, el despojo de mercancías, maltrato al usuario y lo caro del servicio, llevó al fracaso o a la quiebra a muchos comerciantes que salían de nuestra ciudad a diversas partes del país. Quebraron también pequeños amasijos, se convirtieron en desempleados y no había inversión suficiente para salir de la crisis.

Como mera reflexión en este espacio cabría preguntas: ¿y las autoridades que ofrecen oportunidades? Y, ¿aquellos políticos que ofrecen empleo y prometen impulsar la industria? O bien, ¿las autoridades que reciben a diversos empresarios y otorgan concesiones en impuesto proporcionándoles espacios e insumos a bajo costo? ¿En dónde se encontraban todos estos personajes en los momentos de crisis de la industria del pan en Acámbaro? O, ¿acaso estas empresas no son necesarias en el ámbito de la economía local? ¿No nos pertenece este patrimonio por ser de trabajadores y familias de modesta condición? ¿Hasta dónde son capaces de llevar su **Malinchismo**? ¿Hasta cuándo debemos esperar los acambarenses para que se respalde nuestra cultura y arte de hacer pan artesanal?

A la fecha, las familias productoras de pan, herederos de todo un arte y cultura, lograron superar las carencias con nuevas formas de trabajo y distribución: invirtieron en transporte, mejoraron el servicio al cliente, mejoraron las condiciones de expendio y calidad en el producto, crearon

despachos cerca del consumidor con artesanos que amasan, crean, cortan y pintan con arte cada pieza por separado para mantener por siempre en Acámbaro el lema que une a nuestros panaderos: “Un digno corazón con alma que siga nutriendo la miga y el aroma del pan como aliento de vida”.

“LA FIDELITA” NO FUE LA PRIMERA LOCOMOTORA HECHA EN MÉXICO

(Pero sí es la única que se volvió símbolo para los obreros del país)

Emma Yanes Rizo, escritora e investigadora titular del INAH
especializada en *Historia de la Ciencia y de la Técnica*, en entrevista con
Emma Aguado López

“José Cardoso pensaba en hacer patria, y es triste que en este año del Centenario no se piense en hacer patria, sino en cómo resolver los problemas del narcotráfico; porque para todos los mexicanos debería ser fundamental que sin importar en dónde estemos, lo fundamental es tener la semilla de hacer patria: acordarse siempre del lugar de origen. Es fundamental ese tejido por debajo que los mexicanos podemos hacer, es decir, lograr la dignificación del trabajo que es fundamental, pero el trabajo de todos, porque ahora lo que se dignifica es el consumo, los muros de aire de las inversiones. Por eso Fidelita es un ejemplo de dignidad del trabajo, del obrero, con el que tendríamos que continuar”.
Emma Yanes Rizo

Para ser sincera, imaginaba a Emma Yanes Rizo con muchos años más de los que tiene. Fue una sorpresa encontrar a una mujer madura, dinámica, de suma fortaleza y empuje, con gran capacidad de análisis de la realidad. Tiempo atrás pregunté por ella a aquellos que decían conocerla, quería saber cómo era, cómo vestía, cuántos años tenía, pero sólo atinaban en decirme que era bajita de estatura, sin dar más referencias. La vi por primera vez en un cumpleaños de La Fidelita y recordé aquella ocasión que supe de su existencia, cuando don Agustín Martínez, uno de los ferrocarrileros más apasionados que he conocido, me mostró una copia engargolada del libro “Vida y muerte de La Fidelita, la novia de Acámbaro”.

Ese día, Don Agustín se animó a prestarme la copia, (no sin antes pedirme a modo de súplica y con el tono más amable del universo, que la cuidara y que se la regresara pronto. Así lo hice). Y es que pasado el tiempo, me pude percatar que la obra, ahora agotada, es cada vez más difícil de encontrar

en Acámbaro y los pocos que la conservan muy raras veces la comparten. Y no es para menos, la obra de Emma Yanes es esencial para comprender nuestra historia ferrocarrilera, por eso es natural que se le guarde con tanto celo.

Para conversar con Emma Yanes acudí al festejo que se hizo en la ex Hacienda de San Isidro, ahora nuevamente propiedad de un particular. En el lugar y a la sombra de dos hermosos, gigantescos y centenarios laureles que hace poco tiempo fueron mutilados, se encontraban decenas de familias ferrocarrileras compartiendo el gusto de reencontrarse pese a las ausencias inevitables.

Pedí a la escritora que me regalara unos minutos de conversación que inició en la mesa y terminó en la parte trasera de la Hacienda: ambas sentadas sobre un par de piedras, huyendo del calor y de la música que impedía charlas prolongadas. Emma habló de su trabajo en Acámbaro iniciado en los años ochenta cuando visitó por primera vez el pueblo. Habló también de la sorpresa de encontrarse con La Fidelita, de su significado, de sus encuentros y desencuentros con el mundo ferrocarrilero, con la esperanza y la desilusión que provoca a todos los enamorados del tren la situación actual de la empresa; pero sobre todo, habló de la historia viva que se sigue tejiendo, que se sigue construyendo en torno a La Fidelita, contradiciendo a los que opinan (como un diputado) que La Fidelita “no es cultura”, porque pese a esos señalamientos, el ferrocarril y en especial La Fidelita, son un símbolo vivo y entrañable para los acambarenses y para los obreros del país. A continuación comparto con los lectores el resultado de esa charla: ahora es su turno para encontrarse con una mujer que supo entender antes que muchos el significado de La Fidelita.

LA PRIMERA VISITA A ACÁMBARO

“Yo me encontré por casualidad una foto de la locomotora 296 haciendo otro trabajo en el Archivo General de la Nación y me llamó mucho la atención que el pie de foto -era una foto que mandaban los trabajadores al presidente Miguel Alemán-, decía: «Locomotora construida en Acámbaro, Guanajuato». Eran los años ochentas. Entonces yo estaba en el Seminario de Historia de la Ciencia y de la Técnica en la escuela de Filosofía y Letras de la UNAM, y me pareció muy interesante que en un lugar que era pequeño y distante, se hubieran construido locomotoras. Muerta de curiosidad, agarré mi mochila, mi hija y me vine a Acámbaro a ver qué encontraba en relación a esa historia.

“Inicialmente me senté en el zocalito (Plazuela Hidalgo) y dije, «alguien tiene que saber algo», y vi en escala la construcción de la locomotora 295 y luego dije, bueno, “mi gran método de investigación va a ser preguntarle a un viejito si él recuerda algo, tiene que haber alguien que se acuerde». Le pregunté a un viejito y me dijo: «creo que hay un señor...», y me llevó con don Rafael Silva, ese fue mi primer contacto. Rafael Silva me empezó a contar la historia, me fasciné y empecé a investigar, a través de la foto que había encontrado, en el Archivo General de la Nación. A través de esa relación se me ocurrió plantearlo como tesis de licenciatura, así que llegué con mi asesor y le dije, «¿sabías que habían construido locomotoras en México?», se rió y me dijo, «claro que no». Respondí, «te lo puedo demostrar». Me dijo, «si me lo demuestras te vas a graduar». Y lo planteé como una propuesta de tesis de licenciatura y trabajé mucho por un lado en el Archivo de la Nación y por otro lado viniendo a Acámbaro a entrevistar a las personas. Posteriormente contacté a Eloisa Cardoso, quien también me empezó a contar toda esta historia.

“Finalmente para mí fue todo un orgullo. Cuando terminé la tesis, de repente como a las tres semanas me hablaron para decirme que había ganado el premio Maus, entonces era el premio a la mejor tesis de licenciatura de la UNAM, fue toda una sorpresa. Posteriormente presentamos el libro en Acámbaro y durante la presentación alguien dijo, «esta locomotora no está en la chatarra como usted dice en el libro, está equivocada». Entonces yo, igual que mi asesor, me reí un poco y dije, «bueno, si está en algún lado dime dónde, tráela», y el resultado es que tenían razón. Lo interesante es que es una historia que no termina, que siempre sigue con buenas noticias. Fue una sorpresa tanto para nosotros como para la UNAM, y creo que para Acámbaro mismo, que tenía una idea remota de que en su municipio había existido un grupo de trabajadores que habían peleado contra las compañías norteamericanas por el derecho de construir sus propias máquinas.

“Cuando llegué a conversar con los ferrocarrileros, creo que estaban un poco ofendidos, sobre todo los que estuvieron con Cardoso porque no se había reconocido su trabajo, porque no sabían dónde estaba su máquina siendo que era parte de su familia, de su vida personal. Por eso tuve gran aceptación con ellos y me recibieron con mucho cariño: fueron horas y horas de conversación, de ver fotos y más fotos, ellos me tuvieron la paciencia de ver conmigo incluso cosas técnicas que a mí se me escapaban: que si el pistón era de tal tamaño... etcétera. Porque cada paso de conducción de la máquina me lo explicaron muchas veces. Fue para ellos de mucho gusto saber que hubiera alguien

fuereño buscando una historia que para ellos era tan entrañable, que nadie se las creía, y que no se había valorado en todo el país.

LA HISTORIA DEL ABUELO PAULINO

“Tuve un abuelo, Paulino Rizo, que vivía en Madruga, Cuba y que era maquinista. Vivía en la estación de ese lugar. También tuve una abuela, para entonces niña, que era gente de mucho dinero en la ciudad de México, pero que con la Revolución Mexicana, huyeron hacia Cuba con la intención de ir a España. Sin embargo durante su estancia en la isla se fascinaron con el lugar y se quedaron. Además mi bisabuelo tenía una esposa enferma que empezó a tratarse en las aguas termales de Madruga, lo que contribuyó mucho a que se quedaran. Pero mi abuelo el maquinista, vio a la jovencita y se enamoró perdidamente de ella. Y entonces la empezó a conquistar a través del sonido del silbato de su máquina, era una historia que ella contaba insistentemente y decía, “es que me conquistó Paulino a silbatazos”. Y finalmente se la llevó a vivir a una estación chiquita de ferrocarril y no quiso regresar a México. Entonces el hecho es que ella se casa con el ferrocarrilero se queda a vivir en Cuba y luego de un tiempo mi bisabuelo se regresa a México. Crecí con esa historia, por esto tengo cariño al ferrocarril.

UN SALTO AL PRESENTE

“Yo vine en los ochentas cuando se presentó el libro. Regresé en 1994 cuando se rescató la locomotora, que fue una fiesta inolvidable incluso escribí una crónica de eso. Me acuerdo que estaba sentada con Miss Acámbaro, muy guapa, y se acercó un muchacho coqueteándole y que le dijo, “oye, ¿quién te puede competir en belleza?”, y le responde “pues Fidelita, ¡y eso que ya tiene 50!”. Entonces eso habla de lo que he encontrado en Acámbaro: una fortaleza y un gusto por el ferrocarril, la fiesta de hoy es parte de esto mismo.

“En la actualidad para mí es lamentable el estado en el que cayó el ferrocarril, sobre todo en lugares como Acámbaro, que al entrar el diesel pierden importancia porque ya no son paradas para los trenes. Sin embargo este asunto del rescate de las estaciones ferroviarias es básico, debemos tener la capacidad de rescatar nuestros bienes muebles e inmuebles que son parte de nuestra historia nacional, tanto como la bandera, creo que por eso es tan importante el movimiento que se hace del rescate de la estación.

“Por otro lado, no creo que el estado tenga la culpa del asunto ferroviario, no creo que el hecho de que esté en manos privadas garantice nada en particular, pero sí creo que debe funcionar bien. Tuve el gusto de trabajar en el rescate cultural del ferrocarril del Sureste, por ejemplo, y entregamos con números negros la empresa. Hicimos el rescate documental de archivos, hicimos un libro de la estación de allá y paralelamente el Museo de Ferrocarriles hizo el rescate de material rodante y clasificación de archivos. Lo que quiero decir es que a pesar de la privatización, hubo un esfuerzo muy importante de la empresa por rescatar la documentación, el material de archivo, las locomotoras, registrar todo lo que tenía valor histórico. Parte de este material está en el Museo de Puebla.

“Pero lo básico para que eso pueda ser posible es la gente: no hay estación que valga la pena rescatar si no hay quién la cuide, quien vea por ella, y lo que veo en Acámbaro es esa gran voluntad de conservar esa memoria ferrocarrilera, y es lo que me hace venir una y otra vez, es por eso que digo que es como si nunca se pudiera terminar la historia de La Fidelita. Cuando hice el libro yo había puesto que estaba desaparecida o chatarra, y no sólo se encontró, se trajo a Acámbaro, y no sólo eso, hay un club en torno a ello, y además hay un museo que se está rescatando y que está luchando por mantenerse en pie. Por eso creo que es muy positivo que en este México con tanta violencia y malos ejemplos, haya un lugar que siga firme en conservar su historia cultural y su historia ferroviaria. Claro que si me preguntas, ¡yo qué quisiera que fuera otra historia de los ferrocarriles en México!

LA FIDELITA NO FUE LA PRIMERA LOCOMOTORA DE MÉXICO

“Cuando hice esa historia de La Fidelita me fui un poco hacia atrás y resulta que no fue la primera locomotora construida en México. Había una propuesta diferente de desarrollo tecnológico nacional desde 1906 o 1908, años en los que se fundó la empresa. Por ejemplo de 1908 a 1914, la empresa trabajaba con números negros y es ahí cuando se empieza con las construcción de locomotoras, la primera es la 40, en Aguascalientes, en 1913, era *patiera*, de ahí le siguieron una serie de construcciones de carros. Pero simplemente se dio una imposición de Estados Unidos hacia México que provocó que toda esa propuesta de industria nacional no continuara. Gerardo Alzati, uno de los primeros mexicanos que inicia con las escuelas de capacitación, todavía en los años 30 está con propuestas de crear esta industria. Entonces digamos que La

Fidelita fue lo que se logró hacer, a pesar de Estados Unidos, que a través de presiones obligaba a México a comprar su material rodante.

“Te pongo otro ejemplo: luego de que se construyó esa primera locomotora hay una propuesta de hacer una industria nacional de construcción de locomotoras en los años 20, pero se viene todo el movimiento de la Revolución; enseguida se da el conflicto de Obregón y las empresas ferroviarias norteamericanas que presionaron al gobierno de Estados Unidos que a su vez presionan a Obregón diciéndole, «si tú quieres que yo reconozca tu gobierno, tienes que entrarle a la compra de material rodante norteamericano». Entonces a pesar de que Obregón simpatizara con este proyecto de industria nacional, Estados Unidos le amarra las manos (o mejor dicho, “la mano”). Además como acababa de terminar la Revolución, el país estaba tan destruido que era un negociazo para Estados Unidos que México le comprara material de construcción. Entonces de ninguna manera, el que no se hayan construido máquinas en el país fue un problema de incapacidad nacional ni de los trabajadores, sino que era la alta política impuesta.

LA NECESIDAD DE CONSTRUIR MÁQUINAS EN MÉXICO

Las máquinas que nos mandaban de Estados Unidos en la Segunda Guerra Mundial no eran máquinas nuevas y no estaban adaptadas a las condiciones geográficas del país. Eso significó un alto índice de accidentes. Otro ejemplo: si tú consigues locomotoras diseñadas para caminos rectos, cuando dan la vuelta se accidentan, y la culpa se la echaban a los trabajadores, al maquinista. Por eso los propios obreros se ven obligados a adaptar las máquinas a las condiciones nacionales, porque va de por medio su vida, está de por medio que no les pusieran cartas de demérito y va de por medio su historia personal. Pese a ello, yo no digo que las máquinas mexicanas sean mejores que las norteamericanas, simplemente digo que cualquier máquina se tiene que adaptar a las condiciones locales para funcionar, y las de Estados Unidos no estaban adaptadas a las necesidades de México en parte porque mandaban lo que tenían y en parte por contratos chuecos y corrupción.

“Entonces lo que hicieron los de Acámbaro fue decir “¡no!, ¡no más accidentes! ¡no más máquinas de segunda! ¡vamos a hacer máquinas que sean adecuadas a nosotros para evitar los problemas!”. Les favoreció vivir en un periodo importante de nacionalismo, además, con lo de la Segunda Guerra

Mundial, los gringos estaban ocupados en su asunto bélico y este respiro permite que se haga algo, que hubiera las condiciones técnicas y de capacidad de los trabajadores para lograrlo. Otra cosa interesante que sucedió fue la unión del sindicato con la empresa: altos mandos de los talleres como Pedro C. Morales, con gente que era comunista como Valentín Campa, que estaba en el sindicato, con un objetivo común de proponer una industria nacional de locomotoras. En ese sentido La Fidelita no es un hecho casual, es producto de una larga historia de trabajo de los obreros mexicanos.

“Además a pesar de que los talleres más grandes como los de San Luis Potosí, Aguascalientes o Buenavista, hubieran querido darse el gusto de haber construido esa máquina, eran lugares en donde recibían mucha presión, eran vigilados, más que en un taller que en el periodo de los 40 era más pequeño como el de Acámbaro en donde tuvieron libertad y por eso surgió la máquina. Por eso yo sí creo que La Fidelita no es un triunfo local, es nacional, al grado tal que es el propio gerente el que viene a dar la inauguración, que es como dar el banderazo de “vamos a seguir por esta línea”, entonces crea muchas expectativas, pero lamentablemente coincide con la entrada del diesel, una nueva fuerza tractiva, y entonces se pierde lo ganado. Lo importante, reitero, es que no es un hecho casual, es parte de todo un movimiento generado hacia la producción de material rodante nacional y actualmente patrimonio industrial de los mexicanos.

LA DEUDA CON LOS JUBILADOS FERROCARRILEROS

“Antes en México la figura de un obrero era un orgullo de la patria. Incluso el presidente se llamaba a sí mismo el primero obrero, ahora pareciera que el trabajo ya no importa en sí mismo, ya no está dignificado lo que es ser trabajador. El sindicato ferrocarrilero se volvió un sindicato corporativo, un sindicato que no vela por los intereses colectivos de los trabajadores, lo cual es una enorme pena; se despidió mucha gente, pudo haber sido necesario, pero si las empresas entregaron en números negros entonces debieron de cubrir el asunto de los jubilados.

“Hay una trampa, se dice: «las empresas del estado no funcionan, entonces hay que dárselas a empresas privadas», pero no les amarran las manos, no las vigilan. Estoy segura que los Nacionales de México entregaron números negros, o sea que sí funcionaban. Por eso bajo determinadas medidas

como parte del estado, lo que yo creo es que se debe exigir a las empresas privadas responder ante los beneficios que están obteniendo con el ferrocarril y entregar números claros y dar porcentajes adecuados al propio cuidado de los inmuebles.

“Lo que hizo Porfirio Díaz fue permitir trabajar al capital privado pero también exigió cuentas, lo que posibilitó el funcionamiento correcto de la empresa en sus primeros años. La empresa privada tiene que transparentar sus utilidades y consignar esas ganancias a la infraestructura y a los propios trabajadores jubilados, y en la conservación de todo el patrimonio. Desconozco si se entregan cuentas claras...

Hasta aquí termina la conversación con Emma Yanes Rizo, quien antes de despedirse prometió regresar a Acámbaro para buscar una nueva reedición de sus libros y un acercamiento con los habitantes del lugar del maguey para apoyar las deudas pendientes con sus jubilaciones y el rescate de la ex estación.

LO QUE NOS QUEDA POR HACER

Hace tiempo recorrí decenas de casas de antiguos ferrocarrileros acambarenses para acercarme a sus corazones y conocer sus historias con el tren. A muchos de ellos les rodaron lágrimas al recordar su vida entre el humo y el olor a estopa usada, y se llenaron de indignación cuando narraban la impotencia que les causa no poder ni siquiera acercarse a su antiguo lugar de trabajo porque en la actualidad la ex estación del ferrocarril acambarenses está prestada a una compañía extranjera a la que no le importa la memoria y la tradición de nuestro pueblo. Las autoridades han prometido rescatar nuestro patrimonio y bien harían en acelerar el proceso porque existe en ese lugar -en donde actualmente se encuentra La Fidelita -, un pulso que todavía late, historias en cada uno de sus rincones, pero que se apagan al paso del tiempo con cada viga que se cae, con cada mano que saquea sus restos.

BIBLIOGRAFÍA Y REFERENCIAS

1. <http://www.artic.edu/aic/collections/artwork/191750>
2. <http://www.peabody.harvard.edu/>
3. <http://www.mna.inah.gob.mx/>
4. www.diplomatie.gouv.fr
5. www.boutiquesdemusees.fr
6. Sue Littleton, "Corn Woman, Mujer Maíz". Publicado por Waltsan Publishing, LLC, Fort Worth, Texas. Copyright© 2005, Sue Littleton
7. René Acuña, "Relaciones geográficas del siglo XVI: Michoacán", México, UNAM, Instituto de Investigaciones Antropológicas, 1987, pp. 207-250.
8. "Evolución política del pueblo mexicano", Libro Segundo, "El período colonial y la independencia, Capítulo I: Fundadores y Pobladores", Justo Sierra.
9. Shirley Gorenstein, "Acámbaro: Frontier Settlement on the Tarascan-Aztec Border". Nashville: Vanderbilt University Publications in Anthropology, No. 32. 1985
10. Rendón Guillén, Alberto; "Tzintzunzan, Monografía Municipal"; Gobierno del Estado de Michoacán y H. Ayuntamiento de Tzintzunzan; Ediciones Michoacanas, 1996; Morelia, Mich., p. 102-103
11. Copia del Acta de Fundación del Pueblo de San Francisco de Acámbaro de 1526; Ferreira León, Rafael Dr.; "Acámbaro", Tema: "La Verdadera Fundación", Edición Particular; Junio de 1962, p. 4 y Pérez Piña, José Luis Marcos, y Bocanegra Solorio, Anahí; "Acámbaro, Lugar de Magueyes"; Monografía Municipal, Colección de Monografías Municipales de Guanajuato; Gobierno de Guanajuato; Junio de 2010; Guanajuato, Gto., p. 48
12. Op. Cit., p. 4
13. Beaumont, Pablo Fray; "Crónica de Michoacán"; Tomo II, Basal Editores, S. A., 1985; Morelia, Mich., p. 300
14. Op. Cit., p. 300
15. Rendón Guillén, Alberto; "Tzintzunzan, Monografía Municipal"; Gobierno del Estado de Michoacán y H. Ayuntamiento de Tzintzunzan; Ediciones Michoacanas, 1996; Morelia, Mich., p. 94
16. Op. Cit., p. 97
17. "Los Municipios de Michoacán", Colección Enciclopedia de los Municipios de México; Secretaría de Gobernación, Gobierno de Michoacán, Centro Nacional de Estudios Municipales y Centro Estatal de Estudios Municipales, 1987, p. 154 y Castro Leal, Marcia; "Tzintzunzan"; Ed. Gobierno de Michoacán, 1986, p. 70
18. Rionda Arreguín, Isauro; "Acámbaro, Indígena y Evangelizador en el Siglo XVI", en "Capítulos de Historia de Guanajuato"; Ed. Universidad de Guanajuato, 1993; Guanajuato, Gto., p. 40 a 70, y Argueta Saucedo, Gerardo; "Acámbaro A Través de los Siglos"; Ed. La Voz de Michoacán; Febrero, 1998, p. 29
19. "Relaciones Geográficas del Siglo XVI de Michoacán"; Ed. De René Acuña; UNAM; México, 1987, p. 59
20. Vargas Somoza, Federico; "Acámbaro, la Villa Más Antigua de Guanajuato", Artículo; Revista "México Desconocido"; Abril, 1995, No. 218, Año XIX, p. 57
21. Beaumont, Pablo Fray; "Crónica de Michoacán"; Tomo II, Basal Editores, S. A., 1985; Morelia, Mich., p. 300
22. Op. Cit., p. 300
23. Op. Cit., p. 300
24. Rendón Guillén, Alberto; "Tzintzunzan, Monografía Municipal"; Gobierno del Estado de Michoacán y H. Ayuntamiento de Tzintzunzan; Ediciones Michoacanas, 1996; Morelia, Mich., p. 168
25. "Los Municipios de Michoacán", Colección Enciclopedia de los Municipios de México; Secretaría de Gobernación, Gobierno de Michoacán, Centro Nacional de Estudios Municipales y Centro Estatal de Estudios Municipales, 1987, p. 154
26. Op. Cit., p. 154
27. Copia del Acta de Fundación del Pueblo de San Francisco de Acámbaro; 1526, Provincia de

Michoacán; Breviario No, 13, s.f., Gobierno del Estado de Guanajuato

28. Op. Cit., S/P.

29. Op. Cit., S/P.

30. Beaumont, Pablo Fray; "Transcripción de la Copia del Acta de Fundación del Pueblo de San Francisco de Acámbaro: 1526, Provincia de Michoacán (de la Nueva España)", Siglo XVIII

31. Op. Cit., S/P.

32. Argueta Saucedo, Gerardo; "Acámbaro A Través de los Siglos"; Ed. La Voz de Michoacán; Febrero, 1998, p. 51

33. Beaumont, Pablo Fray; "Transcripción de la Copia del Acta de Fundación del Pueblo de San Francisco de Acámbaro: 1526, Provincia de Michoacán (de la Nueva España)", Siglo XVIII

34. Argueta Saucedo, Gerardo; "Acámbaro A Través de los Siglos"; Ed. La Voz de Michoacán; Febrero, 1998, p. 27 a 36

35. Op. Cit., p. 43

36. Op. Cit., p. 33, y Wright, David; "Las Fundaciones de Querétaro en el Siglo XVI", publicado en El Heraldo de Navidad, Talleres Gráficos del Gobierno del estado de Querétaro, Ed. Del patronato de las Fiestas de Querétaro; Diciembre, 1996, p. 163, y Beaumont, Pablo Fray; "Crónica de Michoacán"; Tomo II, Basal Editores, S. A., 1985; Morelia, Mich., p. 329

37. Op. Cit., p. 33

38. Op. Cit., p. 33

39. Beaumont, Pablo Fray; "Transcripción de la Copia del Acta de Fundación del Pueblo de San Francisco de Acámbaro: 1526, Provincia de Michoacán (de la Nueva España)", Siglo XVIII

40. Argueta Saucedo, Gerardo; "Acámbaro A Través de los Siglos"; Ed. La Voz de Michoacán; Febrero, 1998, p. 44. La imagen religiosa de San Francisco de Asís ha sido la del Patrono del pueblo desde 1526, en tanto que la de la Virgen de la Inmaculada Concepción cambió a partir de mediados del siglo XIX por la de la Virgen del Refugio, que a la fecha está vigente.

41. Meyer Cosío, Francisco Javier; "Tradición y Progreso: La Reforma Agraria en Acámbaro, Gto., (1915-1941)"; Secretaría de Gobernación, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana; México, 1993, p. 37

42. "Enciclopedia de México"; José Rogelio Álvarez, Director; Tomo 7; México, 1978, p. 23

43. Copia del Acta de Fundación del Pueblo de San Francisco de Acámbaro; 1526, Provincia de Michoacán; Breviario No, 13, s.f., Gobierno del Estado de Guanajuato

44. Escobar O., Armando Mauricio; "Las Encomiendas en la Cuenca Lacustre de Cuitzeo", en: "Michoacán en el Siglo XVI", Ed. Fimax Publicistas, 1984; Morelia, Mich., p. 197

45. Op. Cit., p. 197

46. Wright, Carr, David Charles; "La Conquista del Bajío y los orígenes de San Miguel de Allende"; Ed. Universidad del Valle de México y Fondo de Cultura Económica (FCE); 1ª. Edición, México 1989, p. 25, 26, 31, 32, 33 y 35. Los otomíes fueron un pueblo agricultor, construyeron asentamientos urbanos con monumentos arquitectónicos, dominaron y colonizaron a sus vecinos; los purépechas trabajaron la agricultura y fueron pescadores. Dominaron, conquistaron y colonizaron a los pobladores de su región, creando un gran imperio militar. Los Chichimecas eran nómadas y seminómadas, que subsistían de la caza y la recolección. Solían llevar poca ropa y algunos vivían en cuevas. Eran valientes guerreros e incluían a pames, jonaces, guamares y guachichiles.

Con base en la raíz histórica del pueblo de Acámbaro, bien se dice que sus habitantes muestran hoy, genéticamente, la nobleza de los otomíes, el talento de los purépechas y la bravura de los chichimecas, a la vez del espíritu emprendedor de los españoles, todo lo cual lo define con un carácter propio y único en el contexto de las comunidades del bajío.

47. Copia del Decreto No. 39 del H. Congreso del Estado de Guanajuato de 1899; H. Ayuntamiento Municipal 1980-82, en: Argueta Saucedo, Gerardo; "Acámbaro A Través de los Siglos"; Ed. La Voz de Michoacán; Febrero, 1998, p. 73